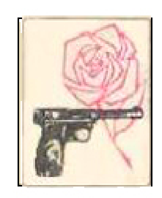


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La espía esclava

Brigitte se encuentra convertida en una esclava del mal, sometida a una fuerza que no puede controlar, que le obliga a cometer acciones perversas, absolutamente impropias de su forma de actuar.



Lou Carrigan

La espía esclava

Brigitte en acción - 340

ePub r1.1
Titivillus 03.11.2017

Lou Carrigan, 1983
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Era un conjunto precioso de chándal, zapatillas, guantes y gorro. El chándal era de color azul claro; las zapatillas y los guantes, de color blanco, como la escasa nieve que había caído aquella mañana en Central Park; el gorro de lana estaba tejido de tal manera que mostraba en delgadas franjas los colores de la bandera: rojo, blanco y azul.

Encantador.

Pero… ¿qué menos podía esperarse de la más encantadora criatura del mundo? Corría ágilmente por los caminos del parque, con la boca cerrada, los negros cabellos recogidos por el gorro, la azul mirada viva, inteligente, alegre, siempre descubriendo a los viejos amigos de paseos y charlas por el parque, y saludándoles con la mano y con una sonrisa al recibir sus saludos.

—¡Buenos días, señorita Montfort!

—¡Adiós, señorita Montfort!

—¿Cuántas millas ha corrido usted hoy?

—¡Señorita Montfort, cuidado no resbale en la nieve!

¿Famosa? Pues sí, realmente, la señorita Montfort era famosa, no sólo porque hacía años había ganado el Premio Pulitzer de Periodismo y era la mejor periodista americana, sino porque hacía apenas unas semanas había sido propuesta nada menos que para Presidenta de los Estados Unidos de América[1]. ¡Casi nada…!

—¡Hermosa mañana, señorita Montfort!

—¿No la acompaña hoy Frankie? ¿Está enfermo?

—¡No! —rió a esto Brigitte, sin perder el aliento ni el ritmo de la carrera—. ¡Simplemente, es un perezoso!

Y la señorita Brigitte Montfort, jefe de la Sección Internacional del Morning News neoyorquino, continuaba haciendo *jogging* por su querido Central Park, frente al cual, en el piso veintisiete del Crystal Building tenía uno de los más lujosos apartamento de la ciudad.

¡Con qué estilo y elegancia corría la señorita Montfort, siguiendo el compás de sus piernas con los brazos, el torso erguido, firme la pisada, elásticas las zancadas, ligero el cuerpo…! Aunque no hubiera sido famosa, nadie en Central Park habría dejado de mirarla y admirarla. Bueno, en realidad era todo lo mismo, todo uno: mirar a la señorita Montfort y admirarla no podía separarse. ¡Era tan hermosa!

Tan hermosa, tan digna de admiración, que muchas de las personas que la miraban correr y la saludaban no se extrañaron en absoluto de que la siguiera un hombre, un joven atleta rubio, viril, hermoso, ataviado con un chándal de color castaño. Corría tras ella a una distancia discreta, como si no quisiera importunarla, pero tampoco perderla de vista. No llevaba gorro, y sus rubios cabellos largos volaban a la velocidad de la marcha. El sol destellaba en la nieve, en las aguas de los lagos, en los hermosos ojos de Brigitte, en los también azules ojos del rubio atleta de más de metro ochenta de estatura, cuya facilidad de carrera no tenía que envidiar en nada a la soltura de Brigitte Montfort.

Por fin, el rubio atleta del chándal color castaño apretó un poco la marcha, y se colocó al nivel de Brigitte, junto a ella, codo con codo prácticamente. Volvió la cabeza hacia ella, y saludó, alegre y amable:

—Buenos días, señorita Montfort.

Brigitte lo miró, iniciando una sonrisa, pero alzó las cejas con leve gesto de perplejidad. No conocía al hombre. No es que no lo recordase; simplemente, no lo conocía. Si lo hubiera visto alguna vez no lo habría olvidado.

No sólo porque era un hombre tan viril y atractivo, sino porque Brigitte Montfort, la periodista que era a la vez la más peligrosa espía del mundo, la sin par agente «Baby» de la CIA, jamás olvidaba una cara.

—Buenos días —contestó cortésmente.

—Hace un poco de frío, pero el tiempo es espléndido, ¿no le parece? La nieve es hermosa, sobre todo cuando luce el sol… ¿Le gusta a usted la nieve?

Brigitte miró de nuevo al hombre.

Bueno, lo de conversar mientras se corre es una de las más divertidas reglas del *jogging*. No sólo evita el aburrimiento (para

quien sea capaz de aburrirse, lo que no era el caso de Brigitte, ni mucho menos), sino que permite demostrar el entrenamiento, la capacidad pulmonar, la resistencia y control respiratorio del corredor.

—Me encanta la nieve —contestó amablemente Brigitte—, pero, sinceramente, detesto el frío.

—¡Ah! Bien, yo diría que la mañana es bastante fría, y sin embargo, ha salido usted a correr una vez más.

De nuevo lo miró Brigitte. ¿Una vez más? Las palabras del rubio atleta implicaban sin lugar a dudas que la había estado observando correr por Central Park en días anteriores. Era extraño que ella no le hubiera visto. Se fijaba en todo, lo veía todo siempre… ¿Cómo no había reparado en la presencia de un hombre tan interesante en los días anteriores?

—Precisamente por eso he salido a correr: corriendo se pasa el frío.

—¡En efecto! —rió el rubio—. Pero sin duda usted tiene una buena calefacción en su apartamento del piso veintisiete del Crystal Building. ¿Quizá se le ha estropeado?

—No. Me gusta correr, eso es todo.

—La verdad es que no me sorprende. Lo que sí me sorprendió un poco fue enterarme de que es usted Cuarto Dan de Judo… Tengo la certeza de que el Maestro Tomaki Kurita, Octavo Dan, debe de apreciarla como una de sus mejores alumnas.

El interés de Brigitte iba en aumento. ¿También sabía el desconocido que ella acudía siempre que podía al *Dojo* de su Maestro de Judo, Tomaki Kurita, y que era una de sus más aventajadas alumnas?

—El mérito de mi categoría en Judo —replicó, sin perder el ritmo respiratorio— se debe precisamente a la calidad de las enseñanzas del señor Kurita.

—No dudo que debe de ser un gran Maestro, pero ello no significa que deba usted ser tan modesta. Sus facultades físicas son impresionantes, señorita Montfort. Aunque menos que su belleza, desde luego.

—Es usted muy amable, señor…

—Oh, perdón, no me he presentado. Discúlpeme. Soy Rudolf Ignatievitch, agente volante internacional de la MVD rusa: lo que la

gente suele llamar vulgarmente un espía.

Brigitte Baby Montfort sintió un estremecimiento en todo el cuerpo, pero no perdió ni el ritmo ni la seguridad de la marcha, y, por supuesto, en su rostro no se expresó la súbita alarma que experimentó, sino una sonrisa como divertida.

—¿Está usted bromeando? —Casi rió.

—Por supuesto que no, agente Baby —dijo, ahora en ruso, el apuesto Rudolf Ignatievitch—: soy quien he dicho y lo que he dicho. Y debo informarla de que es para mí un gran honor este contacto con Baby, la espía más eficaz y asombrosa con que jamás ha contado la CIA.

—Perdone —siguió hablando Brigitte en inglés—, pero no le he comprendido. Me parece que ha hablado usted en ruso, pero yo no hablo su idioma, señor Ivanetchi…

—Ignatievitch —corrigió, riendo, el ruso—. Vamos, vamos, sé perfectamente que usted no sólo es capaz de hablar el ruso tan bien como yo, sino que ha entendido perfectamente mi nombre y es capaz de pronunciarlo sin el menor fallo.

—Si continúa usted hablando en ruso, me temo que nuestra conversación es inútil, señor Iganot…

Rudolf Ignatievitch volvió a reír. Su inteligente mirada era viva, alegre…, y expresaba gran admiración.

—Espero —dijo, siempre en ruso— que el señor Angelo Tomasini, es decir, el formidable espía Número Uno, se encuentre bien, descansando en su villa de Malta, la llamada Villa Tartaruga. ¿Está bien el señor Tomasini?

Brigitte continuaba corriendo, pero sentía ahora una terrible debilidad en las piernas. Nada en ella se había alterado exteriormente, pero interiormente comenzaba a sentir un verdadero pánico. No sólo por ella. ¿También habían descubierto por fin los rusos a Número Uno en su guarida? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Está usted asustada, y lo comprendo —dijo Rudolf—. Pero no debe temer nada de mí, Baby. Por el contrario, mi intención es que seamos buenos amigos, para conveniencia de ambos.

—¿Qué es exactamente lo que quiere usted? —preguntó Brigitte, ahora en perfecto ruso.

—¡Ah…! ¿Lo ve? ¡Habla usted magníficamente mi idioma! Lo que no me sorprende, claro está. Hace mucho tiempo que en Moscú

sabemos que la agente Baby habla el ruso tan bien como yo el inglés. Y no sólo eso, sino que en varias ocasiones usted ha suplantado a algunas de nuestras agentes. ¡Hace falta hablar muy bien el ruso para engañar a un ruso que además es espía, créame! No, no mire alrededor, señorita Montfort: no hay más agentes rusos en Central Park, he venido solo. Y no es mi intención perjudicarla. Si se tratase de eso, podía haberla matado hace días. ¡Pero haría falta estar loco para matar a la agente Baby!

—¿Por qué dice eso?

—Porque el hombre que la mate a usted se condena a sí mismo a muerte. No importaría luego lo que hiciera yo después de matarla: tarde o temprano, más bien temprano, sus muchachos de la CIA, sus queridos Simones, me encontrarían, y… Bueno, enviarían tras de mí la más terrible jauría humana, cruzarían todas las fronteras, allanarían todas las dificultades, me encontrarían aunque me escondiese en los más profundos y secretos silos atómicos de Siberia, y me asesinarían de un modo espantoso. No, gracias, no tengo la menor intención de hacerle el menor daño, señorita Montfort.

—¿Quizá sus proyectos consisten en… secuestrarme discretamente para llevarme viva a Moscú?

—¡Claro que no! —se escandalizó Rudolf Ignatievitch—. ¡Por nada del mundo haría eso!

—¿Ni siquiera por los cinco millones de rublos que ofrece por mi cabeza el Directorio de la MVD?

—Perdón —hizo un gesto simpático el espía ruso—: diez millones, no cinco.

—Pues diez millones de rublos son muchos para que un espía los desdeñe, camarada Ignatievitch.

—¿De qué me servirían? Igualmente sus Simones saldrían a darme caza.

—Su directorio podría mantener en secreto su nombre, y mis Simones nunca sabrían qué agente ruso me había capturado.

—Sí, pensé en eso, pero me pareció una tontería. Es claro que podría cobrar los diez millones de rublos, y llevar una vida más que satisfactoria en Rusia o fuera de Rusia, pero eso no me interesa. Al principio, mis superiores estarían encantados conmigo, pero pronto olvidarían el gran servicio prestado al espionaje ruso al quitar de la

circulación a la entrometida y peligrosísima Baby, y hasta probablemente empezarían a pensar que me habían dado demasiado dinero, y me lo pidiesen como un… una colaboración voluntaria para el bien de Rusia. Me quedaría sin dinero y sin prestigio, ya que mi nombre habría sido silenciado como vencedor de Baby. En poco tiempo, todo estaría más o menos igual que ahora. Y eso sería muy poco satisfactorio para mí a cambio de haber eliminado a la espía que ha despertado siempre mi más viva admiración.

—Gracias. Pero, realmente, si no piensa usted matarme, ni llevarme a Moscú, no comprendo que quiere de mí… ¿Dinero, quizás, a cambio de guardar el secreto?

Rudolf Ignatievitch alzó un instante las cejas.

—¿Dinero? Bueno, ¿por qué no? Sí, claro, usted me proporcionará dinero, pero no es eso básicamente lo que quiero… Por favor no mire más a nuestro alrededor, ya le he dicho que he venido solo. No soy tan tonto como para compartir mi secreto con ningún camarada.

Brigitte lo miró con incredulidad.

—¿Quiere decir que no le ha dicho a ninguno de sus camaradas que usted sabe que la agente Baby es Brigitte Montfort?

—No lo he dicho a nadie. Absolutamente a nadie.

—En ese caso, camarada Ignatievitch —sonrió Brigitte—, es usted un imprudente.

—Pero no un tonto —rió Rudolf—… ¿Cree usted que soy un pobre tonto?

—No —murmuró Brigitte—… No creo que sea un tonto. Es fácil comprender que ha tomado usted sus medidas de seguridad.

—Exactamente. Lo tengo todo dispuesto de tal modo que si me ocurre algún… accidente irremediable, su nombre, su personalidad de Baby, y muchos más detalles sobre usted, incluyendo la importancia del señor Tomasini en su vida, lleguen a poder de personas que recibirían con alborozo una información de tal envergadura.

—Es lógico. Pero no adivino cuáles son sus intenciones al mantener en silencio su descubrimiento sobre la personalidad de Baby.

—Es suficiente con que lo sepa yo.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Podría pedirle no sólo dinero, sino… amor. O por lo menos, su sumisión sexual a mis caprichos. ¿La obtendría?

Brigitte no contestó.

Seguía mirando a todos lados, pero estaba ya convencida de que Rudolf Ignatievitch decía la verdad: estaba solo, no había ningún otro ruso vigilando la entrevista.

Seguían corriendo, correspondiendo de cuando en cuando Brigitte a los saludos que le dirigían, y que hacían sonreír a Ignatievitch. De sus bocas brotaban largos chorros de vapor en las espiraciones. La marcha era viva, pero correcta, sin forzarla, suave. No se trataba de correr velozmente, sino de resistir como mínimo veinte minutos sin parar, para fortalecer el sistema cardiovascular. En ningún momento ninguno de los dos había perdido el resuello, seguían corriendo y charlando cómodamente. Lucía el sol.

—¿No contesta a mi pregunta? —inquirió Ignatievitch. Brigitte lo miró fijamente.

—¿Cómo me ha descubierto? —se interesó.

—Bueno, fui uno de los agentes internacionales de la MVD que preparó la operación «Brigitte *for President*!!!». Estuve en Estados Unidos hace unas semanas, formando parte del grupo director. Cuando la agente Baby desbarató todos nuestros planes respecto a colocarla a usted como Presidenta de Estados Unidos y a nuestra agente Natacha Svereskova como Vicepresidenta a fin de que, ya ambas ocupando sus cargos, usted fuese asesinada y Natacha pasase a ocupar la presidencia de la nación, yo estaba por aquí, trabajando en ese proyecto.

—¿De modo que fue usted el ruso que escapó antes de que nosotros encontrásemos el chalé que quedó destrozado por la explosión? —Lo miró con renovada curiosidad Brigitte.

—Sí. Pero no escapé. Simplemente, dábamos por terminado nuestro trabajo, y me fui. Y les aconsejé a mis camaradas que se apresurasen a hacer lo mismo. Debieron entretenerse menos en marcharse de aquel chalé. Pero eso ya pasó. Yo regresé a Rusia, asistí a una reunión en la que se decidió abandonar el asunto, ya que había fallado, y decidimos olvidarnos de la señorita Montfort, que tan importante papel habría jugado en nuestros planes…

—¿Todavía no sabía usted que yo soy Baby?

—Todavía no. Como los demás, dije que, simplemente, la íbamos a olvidar a usted. Pero no me fue posible. ¿Y sabe por qué?

—No, no lo sé.

—Por sus ojos. No podía olvidarlos. Me tenían obsesionado día y noche. No podía dejar de pensar en sus ojos, en usted… Y tanto y tanto pensé que comencé a recordar pequeños detalles sobre todo lo sucedido durante la operación «Brigitte *for President*!!!», y fui llegando a conclusiones que primero me pasmaron, luego me parecieron locuras…, y finalmente me fueron interesando más y más. De modo que pedí destino en Estados Unidos, regresé… ¿Se sorprenderá si le digo que desde entonces prácticamente no la he perdido de vista?

—Lo que significa que está usted al corriente de mis últimas apariciones en los acontecimientos internacionales.

—Exacto. La estuve siguiendo hasta Esmirna, y luego a Miami[2] … La he estado vigilando. Con lo poco que he visto últimamente y lo que estuve pensando después de la fallida operación anterior, me dije que no podía ser de otra manera: usted era, es Baby. Me serené planeé mi sistema de seguridad, y por fin, tras varios días de vigilarla, he aprovechado que hoy no la acompaña su amigo Frank Minello para abordarla.

—Y todo ello, sin que nadie, absolutamente nadie, haya sido informado por usted sobre mi personalidad.

—Nadie, absolutamente nadie, ha sido informado por mí respecto a su doble personalidad de periodista y espía.

—Lo que significa que su sistema de seguridad es infalible.

—Ya se lo he dicho: si a mí me ocurre algo, la MVD tardará muy poco en saber que la señorita Brigitte Montfort es la agente Baby de la CIA.

—Está bien. ¿Por qué no me dice de una vez qué es lo que espera conseguir con todo esto?

—Se lo diré: va a ser usted mi esclava, Baby.

—¿Qué?

—Mi esclava. Dejando aparte mi admiración personal hacia usted como espía, me parece mucho más inteligente conservarla con vida y a mi servicio que matarla. Matarla sólo me traería complicaciones, y muy pronto, la muerte. No me interesa. Pero… ¿se imagina lo que puedo llegar a conseguir teniéndola a usted

como esclava, como… un bello robot a mi servicio? Tengo muchas ambiciones de toda clase que por mí mismo seguramente jamás vería cumplidas, pues, aunque soy un espía de primerísima categoría internacional, soy lo bastante inteligente también para comprender que no estoy a su altura. Usted es única, no ha fallado jamás, siempre ha conseguido absolutamente todo cuanto se ha propuesto… ¡No sabría expresarle mi admiración y mi envidia por sus facultades, de veras!

—También interviene mucho en mi vida el factor suerte.

—¿La suerte? Sí, es posible. Es más, yo diría que es razonable creer en la suerte, en su caso, pues de otro modo sería usted un ser… superhumano. Suerte… ¡Estupendo! Casi prefiero la suerte, pues ésa nunca termina. Todos cometemos fallos alguna vez, por perfectos que seamos en nuestros cometidos, en nuestras profesiones…, pero cuando se tiene verdadera suerte, cuando se ha nacido con buena estrella, el éxito siempre está con nosotros. ¡Me alegro de que sea usted una persona con suerte! Pero, claro, eso no lo es todo, ¿verdad? A la suerte la ayuda usted macho con su inteligencia, su astucia, su valor, su cultura, su serenidad, su integridad, su…

—Son muchas lisonjas para un solo día, ¿no cree? —sonrió secamente Brigitte.

—No son lisonjas: son realidades, son hechos. Pero tiene razón, no es necesario que yo me extienda enumerando todas sus cualidades: ya las conocemos. Pues bien, señorita Montfort: yo voy a ser, a partir de ahora, el… beneficiario de sus cualidades como persona, pero, sobre todo, como espía. Con la ayuda secreta de usted, me convertiré en el mejor espía que jamás haya tenido Rusia, mi prestigio irá aumentando vertiginosamente. Muy pronto, en Moscú sabrán que disponen de un agente llamado Rudolf Ignatievitch que jamás falla. Cada vez que surja una misión difícil, recurrirán a mí…, y yo siempre obtendré éxito tras éxito…, porque quien realizará esas misiones extraordinarias por mí, será usted, la invencible Baby. A mí me enviarán órdenes, yo se las pasaré a usted, y usted me proporcionará triunfo tras triunfo. Y así, con el tiempo, nuestra inteligencia, y la buena suerte de usted a mi servicio, Rudolf Ignatievitch irá… subiendo peldaños rápidamente hacia las cimas del poder en Rusia. Estoy seguro de que me ha

comprendido.

—Desde luego. Y eso significa que piensa usted conservarme con vida por tiempo indefinido, siempre a su servicio, siempre su robot, siempre su esclava.

—Exactamente. Y, mientras nada me suceda a mí, usted estará a salvo. Podrá hacer su vida normal, incluso pasar pequeñas temporadas en Villa Tartaruga, viajará a otros lugares… Todo. Ahora bien, en cuanto yo la necesite, usted lo dejará todo y trabajará para mí… ¿No le parecería una estupidez que yo prefiriese matarla o enviarla a Moscú?

—Sin duda alguna. En realidad, disponiendo de mí, usted se va a considerar poco menos que dueño de una… varita mágica.

—¡En efecto! —rió el ruso—. ¡En efecto, eso es! Cada vez que surja algo digno de usted, usted lo hará, no yo. Oh, por supuesto no la molestaré con pequeñas tonterías, ni siquiera con misiones que, aunque de importancia, yo mismo pueda realizar sin problemas. ¡Sólo cosas importantes!

—Si va a exigirme algo que signifique traición hacia mis compañeros de la CIA, está perdiendo el tiempo.

—¡De ninguna manera! No soy tan cretino como para pedirle a usted nada que implique traición hacia sus compañeros o hacia Estados Unidos… ¡Claro que no! No pretendo complicarme la vida, sino simplificármela gracias a sus servicios, y sé que si le pidiese algo que significase traición, o muerte de sus compañeros, usted incluso correría el riesgo de su vida para evitarlo. No, no, no, nada de eso, se lo garantizo. A decir verdal, quisiera que fuésemos… buenos amigos.

—Es usted sorprendente —rió Brigitte—: ¿cómo pueden ser buenos amigos el amo y la esclava?

—Descubrirá usted que soy un hombre encantador —sonrió el ruso—. Y muy razonable. Oh, vamos, sólo se trata de encumbrarme con su ayuda. ¿Le parece a usted un precio demasiado alto a cambio de su vida?

—No. Pero ¿qué pasará si, cuando usted vaya acumulando éxitos, su Directorio confía tanto en usted que le encarga precisamente eliminar a la agente Baby de la CIA? No podría cumplir eso, si pretende conservarme a su servicio.

—Está pensado, está previsto —rió de nuevo Ignatievitch—. Si la

MVD me encargase eliminar a Baby, usted encontraría una solución satisfactoria para mí, para mis jefes, y hasta para usted misma.

—¿No le parece que está confiando demasiado en mí, y en mis posibilidades?

—No, no me parece eso. Sé que usted encontrará solución a todo. ¿Por qué habría de cambiar su inteligencia, su astucia y su suerte que están funcionando hace quince años o quizá más? Le aseguro que no tengo ninguna preocupación al respecto. Ni hacia cualquier otra cosa. Precisamente, me he decidido por fin a abordarla porque estamos preparando algo… muy importante, pero tenemos serias dificultades para ponerlo en marcha. Usted me ayudará a mí a triunfar.

—¿De qué se trata?

—Todavía no lo sé. Lo único que sé es que el proyecto, de gran importancia, es a la vez, lógicamente, de gran dificultad. Parece que nadie encuentra una solución apropiada para ponerlo en marcha. Pero las dificultades van a desaparecer… a partir de ahora. Es decir, si usted acepta mis condiciones de supervivencia.

—Me parece que no me queda otro remedio.

—No, no le queda más remedio que ser mi esclava. De modo que voy a ofrecerme voluntario para organizar ese proyecto, y en cuanto me hayan dicho en qué consiste exactamente, me pondré en contacto con usted, para que me ayude. ¿Estamos de acuerdo?

Brigitte asintió con la cabeza, resignada de momento. La situación era entre absurda y peligrosísima, pero no se le ocurría ninguna solución. Ni por un momento dudó de que, en efecto, el ruso lo tenía todo preparado para que ella fuese eliminada si a él le ocurría cualquier percance. No era un pobre tonto, también se había dado cuenta de eso: era un sagaz espía, joven pero ya veterano, que sabía jugar las cartas del mejor modo para salir victorioso.

¡Tener a su servicio nada menos que a la agente Baby! Cuanto más pensaba Brigitte en la insólita situación, más se sentía preocupada, y más admiraba al bello agente de la MVD, que sabía muy bien lo que le convenía. Le pareció de pronto un hombre tan inteligente, tan astuto, que no pudo evitar soltar una carcajada. ¡Era admirable!

—¿De qué se ríe usted? —se sorprendió Ignatievitch.

—Mi risa no es más que admiración hacia usted —aseguró la

divina espía—… ¡Jamás pensé que pudiera sucederme una cosa así!

—¿Preferiría que la hubiera matado? —sonrió Rudolf.

—¡Cielos, no! Pero, honestamente y en serio, camarada Rudolf: ¿realmente se da usted cuenta del riesgo que está corriendo al pretender… manejar a Baby?

—Me doy tanta cuenta de eso como usted de que si algo me sucede, todo habrá terminado… para los dos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, no quiero molestarla más por hoy, así que me retiro…

—¿Dónde puedo localizarlo si necesito…?

Rudolf Ignatievitch se echó a reír divertidísimo.

—¡No se preocupe! —exclamó—. ¡Yo me iré poniendo en contacto con usted! ¡Adiós, y gracias por el placer de su compañía!

El ruso desvió su marcha, separándose de Brigitte, que continuó corriendo ya hacia la salida del parque, dispuesta a regresar a su apartamento.

Por aquel día, había corrido más que suficiente.

Y poco más tarde, cuando se estaba bañando, disfrutando del grato placer relajante del agua caliente, la idea terminó de concretarse en su mente; aquella idea que, desde el principio, la había inquietado tan profundamente: ¿era verdad todo lo que le había explicado Rudolf Ignatievitch…, o simplemente, algún Simón la había vendido a los rusos pero recurriendo a aquel truco para escapar a la venganza de los demás Simones? Porque si esto era así, el Simón traidor no sólo habría vendido a la agente Baby, sino a todo el Sector New York de la CIA.

Y si no era así, si Ignatievitch había dicho la verdad… ¿qué operación tan importante estaban preparando los rusos? ¿Y dónde?

Contemplando sus hermosos pechos parcialmente cubiertos de espuma, Brigitte pensó, un instante, en avisar a Número Uno, en pedirle que una vez más acudiese en su ayuda… Pero se estremeció ante la idea de que en cuanto Número Uno apareciese en Nueva York fuese eliminado por Rudolf Ignatievitch.

No. No tenía opción. Si había algún medio de salir de aquella férrea trampa, tendría que hacerlo por sus propios medios, sola…, como siempre.

Capítulo II

—… Y entonces, la anciana le dijo al muchacho: ¿y para qué creías que te había hecho subir a mi apartamento? ¿Para que me ayudases a buscar mi dentadura postiza?

Miky Grogan y Peggy rieron al finalizar Frank Minello el chiste, pero Brigitte se quedó mirando hoscamente a su amigo.

—Frankie —reprendió—, sabes que no me gustan esa clase de chistes. No es que me parezcan inmorales: es que son obscenos.

—Pero, Brigitte, amor de mi vida, es sólo un chiste… Además, ¿acaso no hay viejecitas que pagan a muchachos para que las…?

—¡Frankie!

—Está bien, está bien… Mira, ahora voy a contarte el de aquel anciano que… No. No, no, será mejor dejarlo.

—Sí, será mejor. ¡Y no bebas más *whisky*! ¡Por el amor de Dios, vas a pillar una borrachera!

Se quedaron mirándola sorprendidos los tres: Peggy, el ama de llaves; Miky Grogan, director del Morning News y por tanto jefe periodístico de Brigitte; y Frank Minello, el querido, amado Frankie… Estaban los cuatro en el salón del apartamento de Brigitte tomando apaciblemente una copa, y hasta entonces parecía que todo había ido bien, como siempre. Incluso el disgusto de Brigitte ante cierta clase de chistes era normal, previsto.

—Pe-pero —acertó por fin a tartamudear Minello—… ¡pero si es el primer vaso, y no he bebido ni la mitad!

Era cierto. Su protesta estaba justificada, y por eso todos miraban sorprendidos a Brigitte, que refunfuñó:

—Bebes demasiado.

Minello parpadeó. ¿Él bebía demasiado? No era cierto en absoluto, y no sólo aquella tarde, sino nunca. Bebía *whisky* en contadas ocasiones, y aunque algunas veces hacía reír a todos simulando estar embriagado, lo cierto era que nunca había pasado

por este trance. Aún más: salvo los martinis o copas de champaña que solía tomar en compañía de Brigitte precisamente, casi nunca bebía. Y Brigitte lo sabía perfectamente.

Pese a todo esto, Frankie murmuró:

—Bueno, quizá tengas razón —dejó el vaso—… Creo que ya he bebido bastante por hoy, sí. Tienes razón, Brigitte.

Ésta frunció el ceño.

—No, no tengo razón —dijo—. Lo siento, Frankie.

—¿Cómo que no tienes razón? —aulló Minello—. ¡Ya lo creo que la tienes, porque estoy borracho como un mico! ¡Y cuando… hip… yo digo que estoy borracho… HIP… es que estoy… borracho…! ¡Hip! ¡Viva la juerga! ¡Hip!

Peggy se llevó las manos a la boca, intentando contener la risa, porque mientras tartajeaba, Minello había dado unos pasos a un lado y a otro, tambaleándose con su gracia habitual, siempre como a punto de caer y siempre conservando al parecer de puro milagro el equilibrio.

—Está como una cuba —le siguió la corriente Grogan—. ¡Si ya digo yo que nunca podremos sacar provecho de este bruto!

—Sí que es bruto —intentó sonreír Brigitte—: va a caer de verdad, y se va a romper la nariz.

—¿Todavía… HIP… más que la última vez… HIP… cuando aquel ruso me aporreó…? ¡Al demonio los rusos! ¡Hip! ¡Voy a contar un chiste! ¡Y fijaros si estoy borracho… HIP… que este chiste va a ser de los decentes! ¡Hip, hip, hip, hip…!

El teléfono sonó, y Peggy comenzó a acercarse al aparato, sin dejar de reír, gozando de la broma de Frankie.

—Pues el chiste dice así… ¡Hip! Va un borracho por la calle… ¡Hip!… por la calle, y se detiene ante una farola del… ¡Hip!… del alumbrado público, y le dice… ¡hip!… le dice a la farola: Oiga, guardia… ¡hip!…, ¿sabe usted a que hora pasa por aquí la próxima farola? ¡Hip!

Miky Grogan soltó un bufido ante la baja calidad del chiste, y Brigitte, sonriendo como queriendo disculpar su actitud anterior, miró hacia Peggy, que había atendido la llamada y le hacía señas. Brigitte se acercó, y tomó el auricular.

—¿Sí?

—…

Minello, que ya no estaba borracho y miraba atentamente a Brigitte, captó el leve parpadeo de ésta; pero no hubo matiz especial en la voz de Brigitte cuando siguió hablando.

—Ah, es usted. Sí, le escucho.

—…

—¿Cuándo?

—…

—Muy bien. ¿Algo más?

—…

—De acuerdo. Hasta luego.

Colgó, y regresó a sentarse en el centro del gran sofá, como siempre. Peggy, Minello y Grogan la miraban con curiosidad. Brigitte alzó su vaso de *whisky* con soda, bebió un sorbito, y dirigió la mirada hacia el artístico reloj de pie situado en la pared de enfrente. Eran las seis y veinte minutos de la tarde.

—Mmm… Bueno —dijo Grogan, poniéndose en pie—, creo que debemos irnos ya al periódico, Frankie.

—De acuerdo —asintió Minello—. Te esperamos, Brigitte, naturalmente.

—No voy a ir esta tarde el Morning —dijo Brigitte.

—Pero si quedamos que pasaríamos a recogerte para…

—En realidad —intervino Grogan—, no es absolutamente necesario que venga, Brigitte: yo mismo repasaré los artículos de su Sección, si le parece bien.

—Sí. Gracias, Miky.

—No hay problema. Hasta mañana… Adiós, Peggy.

—Pero… —empezó Minello.

Grogan lo asió de un brazo, y tiró de él hacia la puerta del salón. Fue lo mismo que querer desplazar una montaña. Pero acto seguido, tras un leve titubeo, Minello abandonó el salón del brazo de su jefe, y pocos segundos más tarde ambos salían del apartamento. Ya en el ascensor, Grogan masculló:

—Eres un pelma, Frankie.

—¡Qué pelma ni qué huevos fritos! —Gruñó Minello—. ¡Lo que pasa es…!

—Lo que pasa es que Brigitte no está de humor para escucharnos ni para venir al Morning. Eso es lo que pasa.

—Oiga, es usted un tío listo, ¿eh? ¿Se cree que no me he dado

cuenta? ¡Precisamente por eso estoy tan pelma, porque quiero saber qué le ocurre a Brigitte desde hace unos cuantos días!

—Está de malhumor, eso es todo.

—Hombre, ¡no me diga! ¿Quién es aquí el tonto? ¡Brigitte no está nunca de malhumor, y aunque lo estuviera, a mí nunca me hablaría así!

—De acuerdo. Algo le pasa, pero puedes estar seguro de que no lo sabrás hasta que ella quiera. De modo que lo mejor que podemos hacer es dejar de importunarla.

—Maldita sea mi estampa… ¡Y la suya!

—¿La mía? ¿Qué he hecho yo para…?

—¡La de usted no!

—¿La de Brigitte, entonces? —Se pasmó Grogan.

—¡La de Número Uno! ¡Seguro que le ha hecho alguna jugarreta a Brigitte, y por eso ella está triste y preocupada! ¡Como agarre yo a ese tipo por el pescuezo…!

—¿A quién agarrarías por el pescuezo?

—¡A Número Uno!

—Sí, eso me pareció oír. Frankie: ¿quieres dejar de decir tonterías y salir del ascensor? ¡Ya estamos abajo!

—¡Como agarre yo al causante de esto…!

Frank Minello salió del ascensor diciendo esto, lleno de furia, y retorciendo entre sus manazas algo imaginario. Desde luego, no le habría sido fácil, ni siquiera factible, retorcer así el cuello de Número Uno, pero Grogan se alegró de no ser el causante de la preocupación de Brigitte Montfort.

* * *

Brigitte abrió la portezuela del coche, y se sentó junto a Rudolf Ignatievitch, que tras mirarla especulativamente, reanudó la marcha, regresando con el vehículo al centro de la calzada.

—No estaba sola cuando he llamado, ¿verdad? —preguntó.

—No.

—Lo siento, pero el asunto es urgente.

—No tiene necesidad de ser amable conmigo —lo miró fríamente Brigitte—: sólo soy su esclava, ¿recuerda?

—Es cierto —sonrió Ignatievitch—. Y espero que cumpla bien su

primer servicio. Bueno, no habrá problemas: es muy sencillo.

—Si tan sencillo es, ¿por qué no lo hace usted mismo? Convinimos que sólo me utilizaría para cosas importantes.

—Bueno, yo diría que es importante comprobar la… docilidad con que usted va a aceptar mis órdenes, Baby.

—Entiendo. Es más que nada una prueba de obediencia.

—Evidentemente.

—¿Qué tengo que hacer?

—Matar a un hombre —Ignatievitch la miró de nuevo, sonriendo un tanto crispadamente—… A un agente de la MVD.

Brigitte se quedó mirándolo, primero desconcertada en verdad, y enseguida desconfiada.

—¿Tengo que matar a uno de sus camaradas? —musitó.

—Lamentablemente, sí.

—¿Por qué?

—Porque ha sido condenado a muerte.

Brigitte volvió a mirar hacia el frente de la marcha. Ya era de noche, la avenida estaba profusamente iluminada, cientos de vehículos circulaban apretujados, resplandecían los anuncios luminosos…

¿Qué estaba tramando la MVD? ¿Qué podían estar planeando tan importante que Ignatievitch hubiese pensado utilizar la imaginación, la inteligencia de Baby en su beneficio? ¿Y qué significaba exactamente aquello de matar a un agente ruso?

—¿Por qué ha sido condenado a muerte? —preguntó pacientemente, sin alterarse.

—Por traidor. En estos momentos, nuestro camarada Gennadi Oklov debe de estar camino del lugar donde tiene una cita con un agente de la CIA, para pasarle información sobre nuestro grupo…, y la inminencia de la puesta en práctica de nuestro importante proyecto. No se preocupe: no hay necesidad alguna de lastimar al agente de la CIA. Bastará con matar a Oklov… antes de que hable con el hombre de la CIA, naturalmente. ¿No sabía usted nada de esto?

—No.

—¿Su jefe de Sector no la informa de estas cosas?

—Mi jefe de Sector sólo recurre a mí cuando el trabajo, sea cual sea, parece que no puede ser hecho por otros agentes.

—Claro. Sí, es lógico. No tienen por qué llenarle a usted la cabeza con pequeñas tonterías… Está usted bellísima.

De nuevo miró Brigitte a Ignatievitch, que le devolvió la mirada, sonriente.

—Si me está usted mintiendo —deslizó Brigitte con voz sin matices—, aténgase a las consecuencias, Rudolf.

—¿Cree que voy a obligarla a disparar contra un hombre que luego resultará ser de la. CIA? ¿De verdad me cree tan imbécil?

—Espero que no lo sea.

Ignatievitch sacó un sobre del bolsillo interior de su chaqueta, y lo tendió a Brigitte. Ésta sacó de su interior unas cuantas fotografías, y a la luz de la avenida pudo ver el rostro de un hombre de unos cuarenta años, de aspecto inteligente, expresión algo huraña…

—Él es Gennadi Oklov, nuestro traidor —dijo Ignatievitch—. Ahora bien, si no me cree, podemos parar donde usted quiera, para que se ponga en contacto con su jefe de Sector y se asegure de que le estoy diciendo la verdad. Aunque no me parece que eso sea muy conveniente.

—Yo voy a creer en su palabra —dijo Brigitte, devolviendo el sobre con las fotografías—. Y usted crea en la mía: si me hace matar a uno de mis Simones, luego le mataré a usted. ¿Está claro?

—Sí. No hay problema…, a menos que a usted le disguste matar a un traidor ruso que les ha estado facilitando información hasta hoy. A fin de cuentas, Oklov está favoreciendo a la CIA.

—Dudo mucho que el espionaje norteamericano sobreviva gracias a las informaciones de Oklov.

—Desde luego, no es ni mucho menos un gran espía. Del montón. Pero es un traidor, y con vistas a la operación que estamos planeando, podría ser catastrófico seguir permitiendo que continuara pasando informaciones a la CIA. Incluso sin darse cuenta él mismo, podría decir algo realmente importante.

—¿De modo que hace tiempo que lo saben, y han estado dejándole pasar información a la CIA?

—Ya sabe cómo son estas cosas: los buenos espías sacamos partido incluso de los traidores. Gennadi Oklov nos estuvo fastidiando al principio, claro está, pero en cuanto fue descubierto, ha sido utilizado como informador de conveniencia.

—Ya.

—Bueno, es un juego muy viejo, que todos hemos utilizado alguna vez. No tiene mayor importancia. Pero ahora sí tiene importancia que Oklov sea eliminado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo: lo mataré.

—Muy bien.

—¿Sus camaradas creen que es usted quien va a matarlo?

—Exactamente. Abra la guantera del salpicadero, ¿quiere?

Brigitte abrió la guantera, vio la pistola ya con el silenciador acoplado, y, tras una vacilación, la empuñó, y apuntó con ella al costado derecho de Rudolf Ignatievitch. Éste se dio cuenta, miró la pistola, miró los fríos ojos clavados en él, y se echó a reír.

—¡No se atreverá a disparar contra mí! —exclamó.

—No esté tan seguro.

—Oh, vamos, dejémonos de tonterías, ¿quiere? Sólo dígame qué le parece el arma.

—Es una pistola, simplemente. Supongo que no hay en Estados Unidos ni rastro de ella, de modo que por mucho que trabajen en Balística, no hallarán pista alguna.

—En efecto. Como comprenderá, no voy a utilizarla para hacer chapuzas, ni comprometerla en lo más mínimo. En cuanto al arma como tal, sólo se trata de saber si va a resultarle difícil a usted manejarla, pues quizás este tipo no sea de los que domina mejor.

Brigitte le dirigió una irónica mirada, y dijo, mientras devolvía la pistola a la guantera:

—Me las arreglaré. Pero hay algo que no acabo de comprender: ¿por qué matar en plena calle a Oklov, o donde sea, dejándolo para que sea recogido por la Policía o cualquier otra autoridad? Puesto que ya saben que Oklov es traidor, y naturalmente lo tienen a su cómodo alcance, bastaría devolverlo a Rusia y darle allí un buen escarmiento.

Rudolf miró a Brigitte con sorpresa.

—¡Oh, vamos! —exclamó, escandalizado—. ¡Usted no puede estar diciendo estas tonterías en serio, Baby!

—Ah, ya. Sí, comprendo… Si se lo llevan a Rusia, o simplemente lo hacen desaparecer aquí mismo, en Estados Unidos, la CIA podría desconfiar de las informaciones recibidas hasta ahora de Oklov, y pensar que éste había vuelto a Rusia cumplida determinada misión.

Pero, si lo matan, por ejemplo, en el momento en que se dispone a entrevistarse con un agente de la CIA, dan a entender que han descubierto recientemente que Oklov no está jugando limpio, que lo han seguido, que han comprendido esta noche misma su traición…, y que sólo disponen de tiempo para matarlo y evitar que siga pasando información. Con lo que, toda la información anterior pasada por Oklov será tenida por buena por la CIA.

—Eso está mejor —asintió Ignatievitch—… ¡Caramba, me había asustado usted! Pero ya ve: no es tonta. Ah, otra cosa. Para el caso muy probable de que alguien la vea conmigo en Nueva York o en cualquier otro sitio, y suponiendo que le pregunten quién soy, dirá que mi nombre es Hans Havelok, un colega alemán amigo de usted, que me conoció en cualquiera de sus viajes a Europa. Y naturalmente, a quien con más empeño tendrá que convencer de esto será a su jefe de Sector.

—De acuerdo.

—Y a propósito: ¿quién es su jefe de Sector, y dónde se le puede localizar? Brigitte ni siquiera se molestó en contestar, ni en mirar a Rudolf. Éste sí la miró, captó la dura línea en los sonrosados labios de la divina espía, y se echó a reír. No valía la pena hacer más comentarios al respecto.

Cuarenta minutos más tarde, Rudolf Ignatievitch detenía el coche fuera de una carretera cercana a Nueva York. Paró el motor, apagó las luces, y señaló hacia delante.

—Hay un parador a un cuarto de milla de aquí. Gennadi acudirá ahí, para entrevistarse con el agente de la CIA. Todo lo que tiene que hacer usted es esperar a que llegue Gennadi, permitir que el agente de la CIA lo vea, incluso que se acerquen el uno al otro…, y matar entonces a Oklov. Hay que dar a esto la máxima verosimilitud.

—De acuerdo.

—Yo la espero aquí.

—¿Aquí? Pero si tengo que regresar a pie, el agente de la CIA puede perseguirme con el coche, dispararme…

—Estoy seguro de que usted resolverá ese problema. Y todavía queda otro punto por aclarar: mate de verdad a Oklov, ¿me comprende? Nada de solamente herirlo para que la CIA se lo lleve de ahí con vida y todavía pueda obtener provecho de él simulando

que ha sido recogido muerto.

—Parece que piensa usted en todo. Pero… ¿cómo sabrá que, efectivamente, habré matado a Oklov?

—Lo sabré.

—Estoy segura de que lo tiene todo previsto. Hay una cosa que me molesta: voy a pasar frío en este lugar.

—Lo lamento, pero no dudo que está usted acostumbrada a pequeñas incomodidades.

En la oscuridad prácticamente total del interior del coche ambos espías estuvieron mirándose, viendo en realidad tan sólo el brillo de sus ojos.

Por fin, Brigitte tomó la pistola, la guardó en su bolso, y se apeó. Efectivamente, hacía frío. Se arrebujó bien con el abrigo, y caminó paralelamente a la carretera, por entre los pinos, hasta divisar las luces del parador. Cinco minutos más tarde, había encontrado una posición adecuada desde la cual actuar: desde allí veía la pequeña explanada frente al parador, y los coches estacionados.

Aproximadamente media hora más tarde, llegó el agente de la CIA, en un automóvil muy discreto, y acompañado de una muchacha de rojos cabellos, que a Brigitte le pareció satisfactoriamente bonita. No la conocía, pero sí al agente: era uno de los muchos Simones que habían trabajado con ella en ocasiones, cuando sucedían imprevistos en el Sector New York. No sabía su nombre, ni quería saberlo; era un Simón, y basta. La chica quizá fuese una agente, como Simón, o quizá su auténtica amiguita. El plan estaba bien pensado: Simón llegaba con la chica, tomaban unas copas, y cuando llegaba Oklov, éste se dirigía a los lavabos. Un minuto más tarde, lo haría Simón, cambiaría con él unas pocas palabras, recibiría la información, posiblemente pagaría al ruso, y volvería con la muchacha. El ruso saldría de los servicios, tomaría un café, y seguiría su camino, dejando a la parejita allí, como si jamás hubiese tenido nada que ver con ellos…

La pareja entró en el parador, y pocos segundos después se sentaban a una mesa junto a una de las ventanas. Claro: el ruso debía ver a Simón antes de entrar.

Gennadi Oklov llegó diez minutos más tarde, en un Dodge oscuro, que estacionó cerca de la salida de la explanada, como quien seguirá pronto su camino. Lo identificó en cuanto salió del

coche. Era muy alto, ancho de hombros. La luz del parador le daba de lado en el rostro. Estaba mirando hacia Simón y la pelirroja. Luego, miró disimuladamente alrededor, y comenzó a caminar, con paso lento, como cansado, hacia la puerta.

Brigitte Baby Montfort alzó la pistola provista de silenciador, apuntó un instante, y apretó el gatillo.

Plop, chascó el disparo, dejando un leve brochazo rojizo en la oscuridad.

Unos treinta metros más allá, Gennadi Oklov se estremeció, se detuvo, vaciló sobre sus largas piernas, y su mano derecha se hundió bajo la ropa, hacia la axila izquierda. Entonces cayó hacia delante, de bruces, y quedó inmóvil.

Brigitte miró hacia la ventana donde estaba el agente de la CIA, y le vio ponerse vivamente en pie.

No esperó nada más.

Se metió más entre los pinos, emprendiendo rápidamente el regreso, en la oscuridad casi completa. Pero, como una gatita, cinco minutos más tarde llegaba junto al coche de Rudolf Ignatievitch.

El ruso no estaba en el coche. Tras vacilar, Brigitte entró, sentándose en el mismo asiento de antes. No se sorprendió en absoluto cuando, apenas un minuto más tarde, vio aparecer a Ignatievitch por entre las sombras, llevando en una mano algo que la espía identificó en el acto: un rifle con mira telescópica. Ignatievitch entró en el coche, tendió el rifle a Brigitte, y pidió:

—Desmóntelo, ¿quiere? El estuche está en el asiento de atrás.

Puso en marcha el coche, sacándolo a la carretera y emprendiendo tranquilamente el regreso a Nueva York, cuya intensa iluminación veían ante ellos. Brigitte desmontó el rifle, lo puso pieza por pieza en los alvéolos del estuche, cerró éste, y lo depositó ante sus pies en el piso del coche. Sólo entonces preguntó:

—¿Contra quién pensaba disparar usted si yo no mataba a Gennadi Oklov? ¿Contra mí?

—No. Contra su Simón.

Ella le miró inexpresivamente. Estuvo a punto de decir algo, pero prefirió callar. El juego era el juego, el asunto era serio para los rusos, y era evidente que Rudolf Ignatievitch estaba jugando con ella, pero sólo hasta cierto límite. En realidad, Ignatievitch tenía absolutamente todos los triunfos, pues incluso sabía que ella no le

habría matado aunque él hubiese matado al Simón del parador. Y ello porque Brigitte tenía que perder mucho más que su propia vida si traicionaba a Ignatievitch: podía perder las vidas de Número Uno, de Frank Minello, posiblemente de más Simones, de muchos amigos de ella. Claro que ella ya estaría muerta, y no se enteraría, pero lo cierto sería que si ella mataba a Rudolf Ignatievitch la información que éste poseía llegaría a la MVD, y entonces caería Número Uno, y muchos más amigos de éste y de la propia Baby…

—Lo ha comprendido, ¿verdad? —La miró Ignatievitch.

—Sí.

—Pues no lo olvide: es usted mi esclava, y sólo la muerte la liberará de serlo.

Capítulo III

—Bien, subamos —dijo Ignatievitch.

Brigitte miró de nuevo el feo edificio en el Bronx ante el cual había detenido el coche el espía ruso. Luego, sin más comentarios salió del coche, y se encaminó hacia el portal.

Rudolf se reunió con ella a los pocos segundos, tras recoger el estuche con el rifle y cerrar las puertas del coche. Señaló hacia arriba, y ambos cruzaron el sombrío vestíbulo solitario; una luz amarillenta, sucia, parecía más bien tener la misión de crear sombras antes que disiparlas. Había otra luz igual en cada piso. Subieron hasta el tercero, y Rudolf abrió una de las tres puertas del descansillo. Encendió la luz y se apartó. Brigitte entró, el ruso lo hizo detrás, y cerró la puerta.

—¿Sabe cocinar? —preguntó.

—No me ganaría la vida con ello, pero me las arreglo.

—Le agradecería que mirase qué hay en la cocina, y que preparase algo. Creo que nos hemos ganado una buena cena.

—¿Ésta es su guarida en Nueva York?

—No. Este es un apartamento que tengo alquilado sin que lo sepan ni mis propios camaradas de la zona. Pero no se preocupe, no me buscarán: ya convinimos que no me pondré en contacto con ellos hasta pasado mañana.

—Alguna vez, cometerá usted un error.

—Todos cometemos errores —sonrió Rudolf.

Brigitte se dirigió hacia la cocina. Se llevó una sorpresa al encontrar un par de botellas de champaña en el frigorífico. Había también algunas bandejas de comida preparada, de modo que su labor fue muy simple en este sentido: las metió en el viejo horno de gas. Rudolf apareció en la puerta de la cocina; ya había escondido el rifle.

—¿Cómo va eso? —preguntó sonriendo.

—Será fácil. Dentro de unos minutos estará caliente. ¿Me permite decirle que su gusto para el champaña es pésimo?

—¿Cuál me recomienda?

—Dom Perignon, naturalmente. A ser posible, del 65, aunque últimamente habrá que pasarse al 69.

—Lo tendré en cuenta. Tengo la certeza de que en poco tiempo, con el asesoramiento de usted me convertiré en un perfecto caballero capitalista.

—¿Acaso no le gusta el champaña también a usted?

—Lo compré para usted. Lamento no haber acertado la marca y el año.

—Eso es muy amable por su parte. ¿Puede decirme para qué me ha traído aquí?

—Me gustaría conversar con usted un rato.

—¿Sobre qué tema?

—Bueno, algo que tenga un cierto interés. Por ejemplo, el asunto del *Sha* de Persia.

—Tengo ese tema más que aburrido —rechazó Brigitte.

—La creo. Y al parecer, lo mismo sucede en Washington: ya están aburridos del *Sha* y todo el jaleo que está ocasionando. Supongo que es por eso que lo han enviado a Panamá, a la isla Contadora.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que está al corriente de que los panameños están admitiendo la posibilidad de entregar el *Sha* a ese cabrito de Jomeini. Claro está, a cambio de los cincuenta rehenes norteamericanos… ¿Esto no le huele a usted a quemado?

—¿La cena? —Respingó Brigitte.

—¡No! —rió Rudolf—. ¡Me refiero a ese traslado del *Sha* a Panamá! ¿No le huele a quemado?

—No comprendo qué quiere decir.

Ignatievitch encendió dos cigarrillos, y tendió uno a Brigitte, que lo aceptó.

—Si yo fuese malpensado —murmuró el ruso— podría pensar que Estados Unidos se ha desembarazado limpiamente de la responsabilidad sobre la vida del *Sha*, y se la ha pasado a los panameños. Y ahora, éstos negocian la entrega del *Sha* a cambio de los rehenes norteamericanos… Tengo la sospecha de que todo esto

es una jugada de Washington: envían el *Sha* a Panamá, los panameños negocian con Jomeini y le entregan el *Sha* a cambio de los rehenes. Asunto terminado. Y de este modo, la posible impopularidad de Estados Unidos por haber aceptado tal acuerdo sería inexistente. No sería Estados Unidos quien habría cedido, sino Panamá… que naturalmente, obedece órdenes de Washington.

—¿Cómo se le ocurre decir que Panamá obedece órdenes de Washington?

—Vamos, señorita Montfort… Yo no soy un ingenuo panameño lleno de buena fe y mejores intenciones. Soy un espía bien preparado. Como usted misma. De modo que los dos sabemos perfectamente que, aunque la buena gente panameña del pueblo crea que su país está volando libremente, lo cierto es que Panamá sigue siendo un feudo yanqui. ¡Y espero que no insulte mi inteligencia discutiendo este punto!

—No tengo ganas de discutir. ¿Sabe usted descorchar una botella de champaña?

Un destello colérico, fugaz como un relámpago, pasó por los claros ojos de Rudolf Ignatievitch, pero éste sonrió enseguida.

—Me las arreglaré —dijo alegremente—. Y espero no hacerlo del todo mal, pese a ser un tosco y vulgar espía ruso.

—No sea infantil —sonrió Brigitte—. Está usted hablando de viejos conceptos, ya caducos. Ha debido comprender enseguida que sólo he pretendido molestarle.

—Pues lo ha conseguido. Lo cual puede irritar al amo contra su esclava. Procure no abusar de mi amabilidad.

Ignatievitch salió de la cocina llevándose una botella de champaña y dos copas. Cuando Brigitte llegó al mugriento saloncito con la cena, el ruso ya había descorchado la botella, y estaba bebiendo pensativamente de una copa. Estuvo mirando en silencio a Brigitte mientras ésta servía los alimentos, y luego, siempre en silencio, dedicó toda su atención a comer.

El lugar era casi asqueroso, y Brigitte se sentía no poco intrigada de que un hombre de la indudable calidad de Rudolf Ignatievitch no hubiese elegido algo mucho mejor para sus andanzas privadas. No había ninguna necesidad de estar en aquella pocilga, podía haber alquilado un apartamento mucho mejor en cualquier parte, y por supuesto, en el mismo Bronx. ¿Por qué establecer allí su guarida

privada?

—¿Qué solución daría usted al asunto del *Sha*? —preguntó de pronto Rudolf, ya casi terminada la cena.

—No me he detenido a pensar en ello, porque tengo el presentimiento de que es posiblemente el asunto más sucio del que tengo noticia.

—¿Por qué dice eso?

—Ya le he dicho que es sólo un presentimiento. Pero sé que alguien está jugando sucio, está realizando una jugada cuyo alcance no soy capaz de adivinar.

—Quizá tenga razón. Pero, mientras tanto… ¿de veras no se le ocurre ninguna solución al asunto de los cincuenta rehenes norteamericanos retenidos en la embajada de Teherán?

—No, ninguna solución.

—Vamos —sonrió Rudolf—… ¡Estoy seguro de que es capaz de encontrar una solución en cuestión de segundos!

—No tengo por qué hacerlo.

—Ya lo creo que sí, porque yo se lo ordeno.

—¡Ah! Eso es diferente: si me lo ordena mi amo, no tengo más remedio que obedecer. ¿Una solución? Bueno, no es que me guste mucho, pero si yo quisiera arreglar ese asunto rápidamente enviaría a París, por ejemplo, un comando de la CIA, con la misión de secuestrar cien ciudadanos iraníes de los residentes en la capital francesa. Una vez en poder de la CIA los cien rehenes iraníes en París, haría una contraoferta a Jomeini: los cincuenta norteamericanos por sus cien iraníes. Naturalmente, sin mencionar a la CIA, claro está. Diría que el comando era árabe, o palestino, o israelita, o lo que fuese. O un grupo de patriotas americanos… Cualquier cosa.

—No está mal pensado. Pero quizá Jomeini no aceptase el trato.

—Creo que lo aceptaría. Lo contrario sería convertirse en un personaje todavía más impopular en Irán: ¿cómo podía permitir que cien iraníes pudiesen ser sacrificados por cincuenta norteamericanos? Sería presionado para aceptar el canje. Y no sólo lo presionaría el pueblo, sino sus propias conveniencias: ser el causante de que cien iraníes fuesen sacrificados no le convertiría precisamente en el hombre más querido de Irán.

—Es usted la persona más astuta que he conocido en mi vida —

murmuró Ignatievitch—. Pero su plan resultaría un tanto marcado por la violencia, ¿no cree?

—Sin duda. Pero no demasiado. Como es natural, todo sería muy bien planeado, y el comando de la CIA sería seleccionado por mí personalmente.

—Me imagino —murmuró de nuevo el ruso— que tiene usted un gran poder dentro de la CIA.

—Todo el que quiero. Aunque a regañadientes a veces, nunca nadie de la CIA ha dejado de complacerme…, o de aceptar mis decisiones personales. Como, por ejemplo, cuando he decidido dejar escapar con vida a docenas de agentes rusos.

Rudolf Ignatievitch sonrió alegremente.

—¿Pretende enternecer mi corazón? —exclamó.

—Claro que no; no soy tan ingenua. Ha sido un comentario, simplemente. ¿Puedo marcharme, puesto que ya hemos cenado y conversado?

—No. Todavía espero otro servicio de usted.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Vaya al dormitorio y espéreme desnuda en la cama.

Los azules ojos de la señorita Montfort quedaron fijos en los de Rudolf Ignatievitch durante unos segundos. Luego, sin decir palabra, se puso en pie, recogió su copa de champaña, y se dirigió hacia el dormitorio.

Cuando el ruso entró en éste, Brigitte estaba sentada en la cama, completamente desnuda, apoyada su espalda en el almohadón que a su vez se apoyaba en la cabecera del lecho. Al verlo, mostró su copa vacía.

—¿Le importaría traer más champaña, por favor? —pidió.

Ignatievitch dio la vuelta, y desapareció. Regresó al poco con la otra botella de champaña. La descorchó, sirvió en la copa de Brigitte, y se sentó en la cama, mirándola.

Mientras ella bebía, Rudolf Ignatievitch estuvo mirando aquel cuerpo espléndido como nunca en su vida había visto otro; aquel cuerpo armónico, de líneas perfectas, de piel dorada, de carne que parecía hecha con seda y oro. Miró la línea impecable de la garganta, los hombros, las caderas, las esbeltas piernas, el rizado y denso vello sexual en forma de triángulo, los pechos erguidos, los pezones sonrosados, erguidos, de tamaño justo, ni grandes ni

pequeños, ni con la areola demasiado grande… La boca, la barbilla con el hoyuelo vertical, los inmensos ojos color azul cielo…

Brigitte terminó de beber, y preguntó:

—¿Nos vamos a pasar aquí toda la noche? Lo digo porque si ésas son sus intenciones, me gustaría avisar a Peggy para que no me espere.

—La voy a poseer —susurró Ignatievitch.

Y diciendo esto puso una mano sobre el sexo de Brigitte, la deslizó luego por los muslos, subió por el vientre, acarició los hermosísimos pechos turgentes, elásticos. Sin dejar de acariciarla, volvió a mirar los azules ojos.

—Quizá no me ha oído —dijo.

—Le he oído perfectamente: ha dicho que va a poseerme.

—¿No le importa?

—Me importaría si pudiera ser cierto.

—¿Cree que no voy a penetrarla, a unir mi sexo al suyo?

—Ah, eso sí. Al parecer, es capaz de hacerlo, desde luego.

—¿Y eso no le importa?

—Sí, pero no es poseerme.

—¿No?

—En absoluto. A mí sólo puede «poseerme», si es que incluso se puede decir así en las mejores circunstancias, aquella persona a la que yo decida entregarme. Y éste, ciertamente, no es su caso, camarada Ignatievitch. ¿Quiere mi cuerpo? Bueno, aquí lo tiene: que le aproveche.

—Puedo disfrutar de usted todo cuanto quiera aunque usted no se sienta poseída.

—Es su privilegio. El mío es ignorarle a usted aunque esté dentro de mí.

—Nadie puede ser tan indiferente, tan… frío.

—Compruébelo.

—Puedo ordenarle que simule amarme, incluso que… sienta, demuestre y tenga una verdadera satisfacción física en mis brazos.

—Ordénelo. Si está usted exigiéndome que tenga un orgasmo con usted, puedo conseguirlo, por supuesto.

—Pero sin desearlo.

—Claro que no. Sólo obedecería sus órdenes. Volviendo a lo del teléfono: si vamos a pasar toda la noche aquí…

—Márchese —jadeó Ignatievitch—… Márchese ahora mismo.

—Como quiera.

Brigitte salió de la cama, rozando con su cuerpo el del ruso, que miró sombríamente el hermoso movimiento de los bellísimos pechos femeninos… tan cerca de él y, al mismo tiempo, tan lejos como las estrellas, o quizá más. Podía… devorarlos si quería, y los senos de Baby seguirían sin pertenecerle en lo más mínimo. Rudolf Ignatievitch estuvo oyendo el rumor de la ropa de Brigitte Baby Montfort mientras ésta se vestía. Oyó luego su voz deseándole buenas noches, muy correcta, muy educada. Luego, el espía ruso oyó el suave batir de la puerta del sombrío apartamento… Se tendió en la cama, y quedó con la mirada perdida en el techo. Había alquilado aquel sucio lugar precisamente para eso, para poseer a la agente Baby, para humillarla físicamente, para disfrutar de su hermoso cuerpo que no podía olvidar, para mirar aquellos ojos que desde hacía semanas lo tenían obsesionado, para verlos mientras él estaba sobre ella, poseyéndola…

El agente ruso parpadeó, se sentó de nuevo en la cama, y tomó la copa de champaña, que alzó.

—Por la mejor espía del mundo: mi esclava —susurró.

* * *

—¡Brigitte! —exclamó Charles Alan Pitzer, poniéndose en pie de un salto al verla aparecer en el salón—. ¡Por fin ha vuelto!

Ella sonrió a su jefe de Sector, el querido tío Charlie, y le besó en ambas mejillas.

—¿Qué tal, tío Charlie?

—Bien. Yo, bien. ¿Le ha ocurrido algo? ¡Hemos estado intentando localizarla desde hace más de dos horas!

—He estado paseando. No tenía ganas de ir al Morning, ni a ningún sitio en particular. ¿Sabe usted que hace mucho tiempo que no paseo por la Quinta Avenida? —Brigitte se sentó en el centro del sofá—. Digamos que camino por la Quinta Avenida, que voy por ella de un lado a otro, pero no paseo por ella. Tuve deseos de hacerlo, eso es todo.

—Sí… Está bien, lo comprendo, claro.

—¿Le apetece una copa de Perignon? He cenado en un sitio

donde había champaña, pero no era del que a mí me gusta, y me ha dejado mal gusto de boca.

Charles Alan Pitzer parpadeó.

—Ya sabe que nunca desprecio sus invitaciones —murmuró—, pero temo que no puedo dedicar mucho tiempo a mis placeres personales esta noche.

—¡Cuánto lo siento! ¿Ocurre algo malo?

—Esta noche a primera hora han asesinado a un agente ruso.

—¡Oh!

Charles Alan Pitzer volvió a parpadear.

—¿No le interesa el asunto? —murmuró.

—Bueno, no demasiado…, a menos que dicho asunto pueda hacer peligrar de algún modo a alguno de mis Simones, o a usted, por ejemplo. ¿Es ese el caso?

—No… No, no. Pero…

—Bueno, entiendo que son los rusos quienes deben preocuparse por el asesinato de su camarada, ¿no?

—El agente se llamaba Gennadi Oklov, y hacía tiempo que estaba pasándonos información.

—Ah, ya… Un repugnante agente doble, un traidor. Bueno, evidentemente los rusos se han enterado, y le han dado su merecido. Es lo corriente, ¿no le parece, tío Charlie?

—Sí… Sí, es lo corriente. Pero nosotros hemos pensado que quizá no hayan sido los rusos.

—¡Cómo que no! ¿Quién, entonces?

—Bueno, los rusos podían simplemente haber retirado de la circulación a Oklov, podían simplemente haberlo enviado a Rusia, para darle allí su merecido, y naturalmente, presionarlo para obtener de él toda la información posible sobre sus contactos con nuestros hombres en el Sector, y saber qué clase de información nos había pasado. Esto sería lo lógico, ¿no le parece?

—Sí, sí. ¿Y…?

—Bueno, quizás alguien haya matado a Oklov en circunstancias que acusen a la CIA buscando algo imprevisible que se iniciaría con una tensión entre los rusos y nosotros si los rusos creen que la CIA ha sido quien ha matado a Oklov.

—¿Por qué habrían de pensar eso los rusos? Si sabían que Oklov era un traidor vendido a la CIA, tienen que comprender que no lo

ha matado la CIA. Si no sabían que Oklov trabajaba como agente doble para nosotros… ¿por qué han de creer que hemos sido nosotros los que lo hemos matado? Pueden haber sido los chinos, entre otros.

De nuevo parpadeó Charles Alan Pitzer.

—Claro, pueden haber sido los chinos… O cualquier otro servicio de espionaje.

—Indudablemente.

—Sí… Indudablemente. Vaya, parece que nos hemos preocupado por nada, pero lo cierto es que, puesto que había uno de nuestros hombres cerca de Oklov cuando mataron a éste, pensamos en alguna jugada especial por parte de alguien.

—¡Bah! Aunque nosotros, los espías, nos resistamos a creerlo, lo cierto es que en el espionaje también interviene de cuando en cuando la casualidad.

—No es eso lo que suele decir usted. Por el contrario, lo que siempre dice es que en el espionaje nada es casual, que todo está previsto y planeado.

—Oh, pero no debemos ser tan rígidos en nuestras opiniones, tío Charlie. Ya sabe que es de sabio variar de opinión.

—Sí, por supuesto. Bien, me ha tranquilizado usted. Realmente, no vale la pena preocuparse.

—Claro que no —sonrió Brigitte. Pitzer se puso en pie.

—Perdone que no acepte su invitación esta noche, pero tengo a algunos hombres esperando instrucciones, y debo atender la situación inmediatamente.

—Lo comprendo. Ah, tío Charlie, durante unos días le agradecería que… procurase prescindir de mí. La verdad es que me siento un poco cansada, y me gustaría tomarme unos días de vacaciones, aunque sólo fuese para pasear por Nueva York —la divina espía sonrió encantadoramente—… ¡Es curioso que olvidemos las muchas cosas bonitas que hay en la ciudad en que vivimos!

—Sí… Me alegrará mucho saber que consigue un descanso que tan merecido tiene. Por favor, no me acompañe, conozco de sobra el camino a la puerta.

—Estupendo. Y otra cosa: sea tan amable de no enviarme rosas rojas aquí hasta nuevo aviso. Las estoy aburriendo un poco, ¿sabe?

Una vez más parpadeó Charles Alan Pitzer.

—Lo tendré en cuenta —murmuró—. Buenas noches, Brigitte.

—Buenas noches. ¡Y descanse sin preocupaciones!

Pitzer movió la cabeza asintiendo, y salió del salón, seguido por la sonriente mirada de Brigitte. Sonrisa que desapareció en cuanto Pitzer dejó de verla. ¿Cómo iba a salir del apuro? ¿Y qué nuevo trabajo le estaría preparando su amo, el espía ruso Rudolf Ignatievitch?

Capítulo IV

Se detuvo ante la puerta, y llamó con los nudillos. La puerta cedió levemente, y en el acto una mirada de alarma apareció en los ojos de Brigitte.

Metió la mano derecha en el bolso, y saco la pistolita de cachas de madreperla. Con la izquierda, de cuya muñeca pendía el bolso, fue empujando lentamente, dispuesta a disparar a la menor señal de peligro. Pero la puerta se abrió casi completamente sin que la espía viera nada inquietante en la parte que se divisaba desde allí del mugriento apartamento. Acabó de abrir la puerta, de modo que ésta llegó hasta la pared interior. No había nadie tras la puerta.

La cerró.

—¿Señor Havelok? —musitó, tensa.

—Venga: estoy en el dormitorio.

La voz de Ignatievitch había sonado normal, tranquila. Brigitte pareció husmear el ambiente, como si fuese capaz de percibir realmente el peligro, alguna trampa extraña. Entornó los párpados, y fue caminando hacia el dormitorio.

Cuando se asomó a éste, Ignatievitch estaba sentado en la cama, como ella tres noches antes, apoyada la espalda en la cabecera. Estaba descalzo, se había quitado la corbata y la chaqueta, y sostenía en una mano un vaso de vodka. Sobre la mesita de noche se veía la botella, con menos de la mitad de líquido.

Rudolf Ignatievitch frunció el ceño, mirando la pistolita.

—¿A qué viene esto? —Gruñó—. ¿Pretende matarme?

—Pensé que le había ocurrido algo a usted, y que aquí dentro no había nada bueno para mí.

—Pues ya ve —sonrió Rudolf, que aquel día no se había afeitado, y aparecía un tanto torvo y rudo—: aquí no hay nada malo para usted…, excepto yo, claro. ¿Por qué pensó que me había ocurrido algo a mí?

—Por la puerta abierta.

—Simplemente, la esperaba, tal como hemos convenido por teléfono, y me pareció más cómodo así.

—Muy bien. —Brigitte guardó la pistolita en el bolso, sin dejar de mirar al ruso—… ¿De qué se trata esta vez?

—Necesito cien mil dólares en efectivo, en billetes viejos, de baja nominación; máximo, de cincuenta dólares.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—De acuerdo. Por la mañana iré a mi banco y los…

—No. Quiero que los robe.

Brigitte suspiró, como fatigada, y se sentó en una silla polvorienta.

—Escuche, camarada Ignatievitch, tengo dinero más que suficiente para obsequiarle esa pequeña cantidad. Es absurdo que usted utilice a Baby para semejante tontería.

—De ninguna manera quiero que la señorita Montfort retire cien mil dólares de su banco. Ni quiero que se los preste nadie…, y menos que nadie, la CIA, claro está. Venga a ver esto.

Alzó un papel que tenía junto a él en la cama. Brigitte se acercó, y tomó el papel. Había un plano dibujado a mano, en el que constaba la calle donde estaba sito el banco que ella, obviamente, debía asaltar. Constaba el nombre del banco, la dirección exacta, y dos cruces que significaban otros tantos policías. También estaba dibujada la distribución de las oficinas.

—No es un banco muy importante, pero supongo que tendrán en la caja bastante más de cien mil dólares.

—Bueno, robe algo más, y así nos convidaremos a champaña del que a usted le gusta.

—¿Por qué está de malhumor? —Se impacientó Brigitte—. ¡Soy yo quien debería estarlo! Y otra cosa: ¿se ha bebido usted solo todo el vodka que falta de esa botella?

—Efectivamente, señorita Montfort.

—Eso es una estupidez. ¿Qué le ocurre?

—¿Me está reprendiendo por beber? —rió acremente Rudolf.

—Sólo he dicho que es una estupidez.

Ignatievitch alzó el vaso, y miró por encima de él hacia el escote de Brigitte, visible al haberse abierto el abrigo la espía. Una mueca

hostil apareció un instante en los labios del ruso.

—Salud, camarada espía —gruñó.

Y terminó el vaso de un solo trago. Brigitte alzó las cejas, pero ya no hizo más comentarios. Ignatievitch estaba buscando cigarrillos en sus bolsillos, pero estaba claro que no disponía de ellos. Cerca de la cama, en el suelo, Brigitte vio un paquete, vacío y arrugado. Sacó cigarrillos de su bolso, encendió dos, y tendió uno al ruso que lo tomó sin mirarla.

—Gracias —masculló.

—¿Para qué quiere esos cien mil dólares? —pregunto Brigitte.

—Eso no es cuenta suya. Limítese a proporcionármelos. ¿Podrá robarlos?

—Sí.

—¿Cómo lo hará?

—Eso no es cuenta suya.

Rudolf se quedó mirándola con gesto de pasmo primero, fruncido el ceño acto seguido, y soltando una risotada finalmente.

—¡De acuerdo, no es cuenta mía! Cada cual a lo suyo…, pero tengo curiosidad por saber cómo lo hace, de modo que estaré por allí para verlo. Hágalo a las once de la mañana. A las doce, espéreme en la Estación Central. ¿Podrá hacer todo esto?

—Naturalmente.

—Pues hasta mañana.

—Muy bien… ¿Cómo van las cosas?

—¿Qué cosas? —Ladeó la cabeza Ignatievitch.

—Bueno, todo ese plan tan importante que usted dijo que tenían que realizar, y en el que había tantas dificultades. Como está claro que recurrirá a mí para allanarlas, me pareció que debía interesarme por él.

Rudolf Ignatievitch llenó de nuevo de vodka su vaso, y se dedicó a beber en silencio, sin mirar a Brigitte. Ésta comprendió, y, sin pronunciar una sola palabra, abandonó la habitación, y segundos más tarde el mugriento apartamento. ¡Robar cien mil dólares! ¡Ella, la agente Baby, convertida en asaltante de bancos…!

* * *

El policía sonrió cuando aquella mañana apareció la anciana de

blancos cabellos en la puerta del banco. Sonrió porque la anciana bien merecía una sonrisa, Era la personificación exacta de lo que debía ser una clásica abuelita americana, tan compuesta, tan vivaz, tan sonrosadas sus mejillas, tan bien peinados sus blancos cabellos… Cuando, más tarde, el policía fuese sabiendo la verdad, sus propios cabellos se le pondrían de punta, y hasta se maldeciría a sí mismo por bobo e incauto.

Pero, realmente, en aquel momento, todo lo que podía hacer al ver a la anciana, era sonreír. La vio titubear mirando a todos lados, y se le acercó, solícito.

—¿Puedo ayudarla, en algo, señora? —se ofreció.

—Oh, pues… Bueno, he venido a cobrar un cheque, pero no sé a quién dirigirme…

—Allí la atenderán —señaló el policía—: aquella señorita del jersey marrón.

—Muchas gracias… Es usted muy amable. ¡Muchas gracias!

El policía sonrió. Algo más allá, junto al ventanal que daba a la calle, estaba su compañero, mirándolos, también sonriente. Los dos se guiñaron el ojo. ¡Qué ancianita tan agradable!

La anciana llegó ante la muchacha del jersey marrón, que la miró con atenta sonrisa.

—¿Diga, señora?

—¿Podría retirar cien mil dólares, señorita? Oh, bueno, quiero decir que… Es que como es tanto dinero, no sé si ustedes… lo tendrán disponible en este momento.

—Puede estar segura de que sí —sonrió la muchacha; y enseguida, añadió, preocupada—… ¿Ha venido usted sola a retirar esa cantidad?

—Sí, sí. Pero no se preocupe, nadie va a atracarme a mí: soy yo quien va a llevarse cien mil dólares de este banco. Créame que lo siento.

La muchacha no comprendió en el acto. Y ya no tuvo tiempo de nada más. Simplemente, en el momento en que la anciana se llevaba un pañuelo a la boca, la muchacha se durmió, de modo fulminante. Muy cerca de ella, dos empleados que permanecían de pie rodaron por el suelo, asimismo fulminantemente dormidos. Algunos clientes que había ante el mostrador se derrumbaron también. El policía más cercano dio un paso…, y rodó por el suelo.

El otro ni siquiera tuvo tiempo de pasmarse: el gas narcótico de velocísima expansión llegó hasta él, y lo durmió al instante. En menos de dos segundos todo el mundo dormía en el interior del banco…, excepto la anciana, naturalmente, que, sin retirar de su boca el pañuelo que contenía la gasa antigás, sacó una pistolita del amplio bolso, apuntó a una de las cámaras de televisión de vigilancia, y disparó, reventando el objetivo. En dos segundos más, hizo lo mismo con las otras dos cámaras, disparando con pulso firmísimo, y esperando deteriorar la cinta de grabación.

Luego, simplemente, saltó al otro lado del mostrador con una agilidad increíble, y comenzó a meter en su bolso fajos de billetes, calculando por encima la cantidad.

Cuando decidió que ya tenía la cantidad que quería, saltó con idéntica agilidad al otro lado del mostrador, aferró el bolso con ambas manos, y se dejó caer al suelo, junto a otros dos clientes del banco. Cerró los ojos, y esperó.

Apenas quince segundos más tarde, una pareja de jóvenes entró en el banco procedente de la calle, y la muchacha comenzó a gritar al ver toda aquella gente tendida en el suelo, incluidos los policías. El muchacho tiró de su compañera hacia la calle, y comenzaron a gritar. Un policía acudió, y entró en el banco. Estaba estupefacto. Ni había sonado la alarma, ni nadie se había enterado de nada.

—Pe-pero, ¿qué… qué ha pasado? —exclamó.

Salió a la calle y comenzó a tocar el silbato. Luego, procedió a telefonear. La gente comenzó a agolparse ante la puerta del banco, protegida ahora por algunos policías que habían acudido en ayuda de su compañero. A lo lejos se oía la sirena de un coche policial, luego de otro… La calle estaba atestada de gente que hacía toda clase de comentarios. El policía que había acudido llamado por la pareja de jóvenes examinaba a una de las personas tendidas en el suelo, luego a otra.

—Parecen… parecen dormidos…

Las ambulancias comenzaron a llegar ocho minutos más tarde, cuando ya la policía se había aposentado en el banco y estaban buscando indicios de lo sucedido. La caja estaba cerrada, sobre el mueble auxiliar de cada pagador, se veían fajos de billetes en abundancia… No entendían nada.

—¡Hey! —Gritó uno de los policías a los camilleros—. ¡Cuidado

cómo tratan a esa anciana!

—Sólo queremos quitarle este bolso de las manos, para…

—¿Qué cojones importa ese bolso? ¡Llévenla a la ambulancia con cuidado, y si no suelta el bolso, pues que no lo suelte!

Un grupo de detectives del Police Department, al mando de un teniente, llegó al banco, y el policía acudió a su encuentro.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —Gruñó el teniente.

—No tengo ni idea, señor. Parecen todos dormidos como si estuviesen afectados por alguna intoxicación; no hay modo de despertarlos.

—Pero, ¿no hay nadie herido?

—No, no. Sólo dormidos. No sé qué consecuencias tendrá esto, he llamado varias ambulancias para que estas personas sean trasladadas al hospital más cercano y examinadas en urgencias… Bueno, me… me pareció que era… lo correcto, señor.

—Por supuesto que sí. Ogden, Larry, echad un vistazo detrás del mostrador y vamos a ver si…

En la calle, la anciana y tres mujeres más, precisamente una de ellas la chica del jersey marrón, estaban siendo acomodadas en sendas camillas de una de las ambulancias. Un enfermero se metió dentro con ellas, cerró la doble puerta, y dio unos golpecitos en la separación con la cabina del conductor. La ambulancia se puso en marcha. El camillero fue mirando a las extrañas víctimas, y sus ojos se detuvieron en los bien desarrollados senos de la muchacha del jersey marrón. Una expresión furtiva apareció en los ojos del hombre. Una sonrisita apareció en sus labios. La ambulancia seguía su rápida marcha hacia el hospital. Se detuvo ante un semáforo sólo un par de segundos, haciendo sonar la sirena, advirtiendo que pasaba en rojo, y continuó.

El camillero se decidió. ¿Quién iba a saberlo? Estaba completamente solo con aquellas mujeres… Alzó el jersey de la chica del banco, y torció el gesto al ver que llevaba sujetador; de todas maneras, metió la mano, y comenzó a manosear los senos…

—Eso está muy feo —dijo la anciana.

El hombre respingó, palideció…, y no tuvo tiempo de nada más, porque recibió en un lado del cuello un suave pero certerísimo golpe con el canto de la mano, y se desplomó entre las camillas, sin sentido. La anciana colocó bien el jersey de la muchacha, y miró

con el ceño fruncido al camillero.

—¡Sinvergüenza! —apostrofó.

Se dirigió hacia la doble puerta de la ambulancia, que un minuto más tarde volvió a detenerse brevemente ante un semáforo; sólo dos segundos, pero fueron suficientes para la anciana: ésta abrió las dos puertas, saltó a la calle, las cerró, y se quedó mirando a la ambulancia que se alejaba, sonriendo. Algunas personas miraban no poco sorprendidas a la anciana, pero ésta no hizo caso. Llamó un taxi, se metió dentro, y le dio una dirección que era el cruce de dos calles. Allí, se apeó, minutos más tarde. Caminó una manzana más, entró en un estacionamiento subterráneo público, y un minuto más tarde se metía en un coche de alquiler. Allí, en cuestión de segundos, la anciana quedó convertida en una hermosa muchacha rubia de ojos verdes. Con el disfraz de anciana y la bolsa conteniendo el dinero robado, salió del coche, guardó lo anterior en el maletero, se puso al volante, y salió del estacionamiento, tranquilamente.

Cuarenta y seis minutos después de haber asaltado un banco la hermosa rubia entraba a pie en la Estación Central, caminando como si ésta le perteneciera, o poco menos, y causando la admiración y el pasmo de hombres y mujeres. ¡Era preciosa!

Y claro está, una muchacha así, por fuerza debía de tener un hombre adecuado. Un sujeto alto, rubio, atractivo, pero que estaba un poco desorientado, evidentemente, porque no se fijó con verdadera atención en la rubia hasta que ésta se le acercó y le dijo, en perfecto alemán:

—Hola, señor Hans Havelok.

Rudolf Ignatievitch no pudo evitar el respingo. Luego, se quedó mirando pasmado a la bella muchacha.

—Es usted increíble —susurró—... ¡La última vez que la vi cuando la introducían en una ambulancia, era una anciana!

—Tengo una pócima mágica, que me rejuvenece a voluntad. Algún día tomaré la dosis suficiente para volver a ser niña... ¿De verdad no me había reconocido?

—No. Bueno, si la hubiese mirado con más atención habría terminado por conseguirlo, naturalmente, pero como esperaba a una anciana de cabellos blancos... ¿Y el dinero?

—En el coche que alquilé, y que tengo estacionado cerca de

aquí.

—¡Ha debido traerlo! ¿Cuánto tardará en ir y volver con el dinero?

—Unos siete minutos, calculo.

—Menos mal: tenemos tiempo —dijo Rudolf, tras consultar su reloj de pulsera; acto seguido tendió a Brigitte un periódico que llevaba doblado—… Entre los pliegues de este periódico encontrará una bolsa de plástico amarilla. Vaya al coche, envuelva el dinero con las hojas del periódico, y meta el paquete dentro de la bolsa. ¡Y no se entretenga!

—No está tratando con una niña que se puede detener ante cualquier escaparate de una bombonería, camarada. En mi opinión, está demasiado nervioso.

Brigitte tomó el periódico, y se alejó de Ignatievitch. Un minuto escaso más tarde, salía de la Estación Central… tras haber mirado de reojo hacia los dos chinos que ya había visto antes, y que se dedicaban a leer sendos periódicos mientras, al parecer, esperaban a alguien que debía llegar en tren.

Pero no. No debían esperar a nadie, ya que ambos salieron de la estación segundos después que Brigitte, la divisaron alejándose, y tras mirarse siguieron tras ella, a discreta distancia. La rubia caminaba vivamente, con cadencioso movimiento de caderas, haciendo volverse a la mayoría de los hombres que se cruzaban con ella.

En tres minutos llegó al estacionamiento, y entró sin perder su vivo ritmo. Descendió a la primera planta, pareció vacilar un instante, y se orientó hacia donde había dejado el coche. Llegó a éste, se colocó junto al maletero, y de su bolso sacó las llaves, al tiempo que se volvía hacia la entrada. Los dos chinos habían entrado ya en la planta de estacionamiento, y caminaban como indiferentes en dirección a Brigitte. Uno de ellos sacó unas llaves, y señaló el coche que había junto al de Brigitte. Era un gesto natural, como el de quien se dispone a recoger su vehículo, para lo cual, con toda lógica, debía acercarse a Brigitte.

Ésta alzó la tapa del maletero del suyo, metió el bolso y el periódico dentro, e introdujo rápidamente dentro del bolso la mano derecha. Empuñó la pistolita de cachas de madreperla, y se irguió, en el momento en que los dos chinos estaban a menos de dos

metros de ella, entre los vehículos respectivos, y ambos introducían la mano derecha bajo la chaqueta.

Los dos quedaron como paralizados al ver la pistolita que de pronto les apuntó firmemente.

—No se muevan —susurró Brigitte.

Ninguno de los dos se movió, y pareció por un instante que la situación se fuese a eternizar, pero Brigitte movió la pistolita con gesto perentorio.

—Caminen hacia aquí, con las manos sobre la cabeza, y quédense de cara a la pared.

Los dos chinos colocaron sus manos sobre la cabeza, y se acercaron a la pared. Se detuvieron ante ésta.

—¿A quién están vigilando?

—Nosotros no…

—Les voy a meter una bala en la nuca a cada uno si no contestan a mi pregunta.

—Al ruso —jadeó el chino que hablaba—… ¡Al ruso!

—¿Por qué? Ese ruso es camarada mío, de modo que quiero una respuesta.

—Él ha estado relacionándose con uno de los nuestros para comprarle…

El chino se volvió rápidamente, lanzándose ya contra Brigitte, tendidas como garras sus manos, dispuesto a sujetar la mano armada de Brigitte mientras gritaba algo en chino. En el momento en que él tendía sus manos, su compañero comenzaba a volverse también, pero llevando la mano derecha en busca de la pistola…

La reacción de Baby fue más rápida que la de los dos hombres sumadas. Y ni siquiera disparó una sola vez.

Con el brazo izquierdo, desvió el ataque del primer enemigo, al tiempo que alzaba y adelantaba la rodilla derecha, con terrible fuerza, hundiéndola entre las ingles del chino, que lanzó un berrido y se encogió, comenzando a caer de rodillas delante de la más peligrosa espía del mundo, que lo empujó contra el otro, el cual estaba sacando ya la pistola precipitadamente.

Todavía con el primer chino entre ambos deslizándose hacia el suelo, Brigitte adelantó un paso, alzando la mano derecha, como dispuesta a golpear con la pistola en la cabeza del chino. Éste profirió una exclamación ahogada, se protegió la cabeza con el

brazo izquierdo, terminó de sacar la pistola…

La mano izquierda de Brigitte, como una lanza, se hundió en el cuerpo del chino, a la altura del hígado; pareció como si los dedos pudiesen perforar la ropa y la carne, hundirse en aquel cuerpo como si fuesen de acero; el chino quedó petrificado, demudado el rostro, desorbitados los ojos, torcida hacia un lado su crispada boca. La pistola escapó de sus dedos, y rebotó en el cuerpo de su desvanecido compañero. Un instante más tarde, caía, hacia delante, como un palo tieso, rígido, todavía consciente, pero incapaz de reaccionar en modo alguno. Un puntapié en un lado del cuello le sumió en la inconsciencia ahorrándole así el mal rato que le habría proporcionado su dolorido, casi perforado hígado.

Pasando impávida junto a los chinos, Brigitte recogió las llaves del coche de éstos, y las probó en la portezuela. No correspondían, claro. Lo de simular que aquel coche era de ellos había sido un sencillo truco para no alarmarla mientras se acercaban. Tiró las llaves sobre los chinos, volvió al maletero de su coche, sacó del bolso los fajos de billetes robados (y que oportunamente esperaba poder devolver), y los envolvió con el periódico. Metió el paquete dentro de la bolsa amarilla de plástico, y pasó ante el volante, dejando la bolsa en el asiento contiguo.

Segundos más tarde, salía del estacionamiento, y otros pocos segundos después dejaba el coche frente a la entrada a la Estación Central, sin miramiento alguno. Agarró la bolsa con el dinero y casi corrió hacia el interior de la estación.

Rudolf Ignatievitch acababa de mirar una vez más su reloj cuando la vio aparecer, caminando vivamente, pero no hacia él, sino hacia las taquillas. El ruso quedó desconcertado totalmente. Se oían los avisos por los altavoces, el rumor de gente era fortísimo, por todas partes había personas caminando de un lado a otro, solas o en grupos, cargados con maletas y paquetes. A Rudolf le pareció todo esto como el rumor de un mar lejano, como un sonido de fondo, mientras su mente se esforzaba en comprender la actitud de Brigitte Montfort.

Y la comprendió de pronto, cuando vio a dos chinos acercarse rápidamente a ella, con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta. Rudolf ni siquiera se preguntó qué había pasado, qué estaba ocurriendo. Simplemente, supo en el acto que algo había

salido mal, y que los dos chinos no se acercaban a Brigitte precisamente con buenas intenciones. Como en una velocísima película que sólo se proyectó en su mente, recordó de pronto a los otros dos chinos que había visto salir minutos antes en pos de la espía americana.

Todo esto, en una fracción de segundo, mientras, al mismo tiempo, se daba cuenta de que uno de los chinos le miraba a él, y se movía dándole frente…

Ignatievitch vio cómo se chamuscaba el bolsillo de la chaqueta de aquel chino en el momento en que su mano derecha tocaba la culata de su pistola.

Sintió el impacto de la bala en el costado izquierdo, como un feroz mordisco, pero no se detuvo: sacó la pistola y disparó.

Pero no contra el hombre que había disparado contra él, sino contra el que sólo miraba a Brigitte Montfort.

El chino recibió el balazo en la sien derecha, y giró como una rapidísima peonza antes de caer al suelo lanzando un breve grito, uno más en la estación, un sonido cualquiera más.

En ese mismo momento, Brigitte se volvía esgrimiendo su pistolita, y disparaba contra el chino que ya había herido a Rudolf, y que se disponía a disparar de nuevo. La bala le acertó justo en el centro de la frente, y el chino se derrumbó hacia atrás en el acto, con los ojos en blanco. Rudolf, que lo había mirado tras disparar contra el otro, miró vivamente hacia Brigitte, y la vio apuntando hacia él. El rostro del espía ruso se demudó, en sus ojos apareció la incredulidad. Vio el diminuto fogonazo en la boca de la pistola de Brigitte, y oyó el chasquido de la bala pasando muy cerca de él, por su izquierda.

El instinto hizo reaccionar a Rudolf Ignatievitch con la lógica del espía bien entrenado: se volvió, a tiempo de ver a otro chino que caía de rodillas, con las manos en el vientre, sosteniendo en una de ellas una pistola…

—¡Corra! —Oyó la voz de Brigitte, por encima de todos los demás ruidos, de los chillidos histéricos, de las exclamaciones del público que corría no sabía hacia dónde.

Ella corría ya hacia la salida. Ignatievitch la imitó, a toda velocidad, sintiendo como si la carne de su costado se pusiera al rojo vivo, como si una garra ardiente la estuviera arrancando. En el

momento en que salía de la estación, Brigitte entraba en el coche, sentándose ante el volante. Rugió el motor. Ignatievitch llegó junto al coche, abrió la portezuela izquierda de atrás, y se lanzó dentro. El coche arrancó.

Capítulo V

—Por un momento —musitó el ruso— creí que disparaba contra mí.

—Eso habría sido una estupidez, después de arriesgar mi vida por salvar la suya.

—Yo también salvé la de usted —gruñó el ruso—: disparé contra el chino que la iba a matar.

La rubia le dirigió una irónica mirada.

—Si no lo hubiese hecho usted, lo habría hecho yo antes de disparar contra el que le hirió. Digamos que quedamos empatados en esto, pero yo le salvé del tercer chino, que le iba a disparar por la espalda.

—Está bien. ¿Debo darle las gracias?

—No, porque no lo hice por usted, sino por mí misma. Como comprenderá, no puedo permitir que muera: sería catastrófico para mí.

Rudolf Ignatievitch guardó hosco silencio. Habían llegado con el coche ante su mugriento apartamento, Brigitte había subido a buscarle ropa para ponerse encima de la que llevaba, manchada de sangre, y luego habían subido juntos. Ahora, la espía americana estaba terminando de vendar su torso, tras curarle la herida. Ignatievitch estaba pálido, y había una fina película de sudor en su rostro, pero esto era todo. No estaba derrotado, ni mucho menos.

—De momento, no puedo hacer más por usted —dijo Brigitte—. Salvo que la herida se infecte, todo lo que se puede hacer es ir cambiando los vendajes. ¿Me necesita para algo más?

—Sí.

—Pues usted dirá.

—¿Qué me dice de su coche? —Ignatievitch movió la cabeza hacia la calle—. Es más que posible que alguien tomase el número de la matrícula, de modo que las patrullas de…

—En ocasiones, parece como si me considerase poco menos que

idiota —cortó secamente Brigitte—. Naturalmente, el coche lo alquilé con nombre falso, y me importa bien poco que lo encuentren. Es todo lo que encontrarán de mí.

—Es usted… de una eficacia asombrosa.

—Posiblemente podría haber hecho algo mejor si usted me hubiera dicho qué estábamos haciendo.

—¿Algo mejor? —Alzó las cejas Rudolf.

—Hemos matado a tres chinos, supongo que espías, como nosotros. Las consecuencias no serán agradables. Y mientras tanto, yo le he explicado a usted lo que pasó en el estacionamiento, le he salvado la vida…, y sigo sin saber qué hemos estado haciendo o intentando hacer.

—Siéntese… ¿Tiene un cigarrillo?

Brigitte encendió dos cigarrillos, le dio uno a Rudolf, y se sentó en una vieja butaca, frente al ruso, ambos en el polvoriento saloncito del apartamento del Bronx.

—A veces —murmuró de pronto Ignatievitch— nos pasamos de listos. Quise conseguir yo solo algo importante, y por poco me matan. Lo que demuestra una vez más que es peligroso trabajar solo.

—Yo siempre lo hago así…, o casi siempre.

—Empiezo a pensar que es cierto lo de su suerte. Bien, ¿quiere saber de qué se trataba?: hemos estado a punto de conseguir el informe que mensualmente envía a Pekín, vía Canadá, una célula china que opera en el Nordeste de Estados Unidos. ¿Le suena el nombre de Kim Hei?

—No.

—Es un agente privilegiado del Lien Lo Pou. Yo tuve certeza de su presencia en Nueva York cuando estuve hace unas semanas por aquí, por lo del asunto de usted, pero entonces no me pareció interesante complicarme la vida con pequeñeces… Bueno, pequeñeces en comparación con el plan que teníamos en marcha, claro está. Pero ahora no puedo considerarlo pequeñeces. ¿O usted cree que lo son?

—No. Si consigue usted ese informe mensual que el tal Kim Hei envía mensualmente a Pekín, será como conocer todo el dispositivo del espionaje chino en el Nordeste de Estados Unidos, sus contactos, y lo que han llegado a saber de los demás servicios de espionaje…

Creo sinceramente que sería un botín fabuloso para la MVD. Y para cualquiera, naturalmente. ¿Cómo lo iba a conseguir?

—Hice contacto con uno de los hombres de Kim Hei, un tipo llamado Wo Ting. Tuvimos unos días de tira y afloja, y finalmente llegamos a un acuerdo: cien mil dólares por las microfotos del informe mensual de Kim Hei. Tenía que haberse realizado el negocio a las doce en la Estación Central.

—Entiendo. Pero, como sucede a menudo, Wo Ting debió de ser sorprendido cuando microfotografiaba el informe, le obligaron a hablar, y enviaron a cinco sujetos a la Estación Central, con la intención de eliminarle a usted y quedarse de todos modos con los cien mil dólares. Por suerte para usted, después de desembarazarme de los dos chinos en el estacionamiento comprendí que si me habían seguido a mí era porque quedaban más hombres cerca de usted…, y me pareció oportuno que usted continuara viviendo.

—No se moleste en recordarme tanto que le debo la vida. No va a hacer vibrar ninguna fibra sensible en mí, señorita Montfort.

—Peor para usted. Carecer de sensibilidad es, en mi opinión, una tara humana, una de las muchas maneras de ser minusválido.

—¿Me considera un minusválido? —exclamó Ignatievitch.

—No discutamos. Me aburre discutir. Sea tan amable de decirme qué quiere de mí esta vez, y acabemos.

—Quiero el informe mensual de Kim Hei.

—Muy bien. ¿Algo más?

Rudolf sonrió socarronamente.

—¿Le parece poco?

—Por el contrario, me parece una barbaridad, después de lo que ha ocurrido en la Estación Central, pero supongo que no tengo derecho a negarme. A lo que sí tengo derecho es a recibir de usted un mínimo de información sobre Kim Hei…, a menos que usted prefiera que se lo pregunte a mi jefe de Sector.

—No, no… ¡Lo asustaría usted!

—¿Por qué?

—Porque tengo la certeza de que la CIA no tiene la menor información sobre Kim Hei y su grupo. No forman parte de la red habitual del Lien Lo Pou, sino que son una célula autónoma, que jamás se relaciona con los demás espías chinos.

—¿Pretende saber usted más cosas del espionaje chino en

Estados Unidos que la propia CIA? —sonrió despectivamente Brigitte.

—Yo, no. Moscú. Fue allí donde obtuve la información, por medio de un chino que trabaja para la MVD en Pekín.

—¡Cielos…! Ahora comprendo. Y usted fue enviado aquí para conseguir uno de esos informes mensuales de Kim Hei, y de este modo conocer más cosas del espionaje chino aquí, y además, enterarse de muchas otras cosas de otros servicios precisamente por medio de ese informe…, lo que habría permitido a la MVD ampliar o perfeccionar su sistema de espionaje en el Nordeste de Estados Unidos.

—Eso, entre otras cosas. Algo tengo que hacer mientras espero el gran momento… ¡No me gusta que sea usted tan lista, no me gusta!

—¿Preferiría tener una esclava tonta? Si lo desea, puedo parecerlo a partir de ahora.

Rudolf Ignatievitch estuvo unos segundos mirando torvamente a Brigitte. De pronto, sonrió.

—Quiero ese informe mensual de Kim Hei. ¿Está claro?

—Si me orienta un poco, se lo conseguiré. ¿Por dónde puedo empezar?

—Veamos… ¿Qué cree usted que hará Kim Hei después de lo ocurrido en la Estación Central?

—No sé lo que hará él, pero sé lo que haría yo: recoger todas mis cosas y marcharme de Nueva York…

* * *

El menudo chino subió al tren en la Estación Central a las ocho y veinte minutos, tras asegurarse sosegadamente de que era el que se dirigiría a Montreal, Canadá, quince minutos más tarde. Con él, subieron al tren otros dos chinos, más jóvenes, de rostro imperturbable. Por supuesto, los tres vestían a la americana, y no llamaban la atención más de lo que la habría llamado cualquiera de los miles y miles de chinos que hay en Nueva York. Y, también por supuesto, nadie tenía por qué relacionarlos con lo sucedido aquella mañana.

Tres chinos, simplemente, que se disponían a viajar.

Los tres ocuparon un compartimiento privado, con literas. Uno

de los jóvenes colocó las tres maletas en la red, y miró al de más edad, que se había sentado y sostenía sobre sus rodillas el portafolios de aspecto muy usado. El otro chino joven salió del compartimiento, y se quedó en el pasillo, mirando por la ventanilla hacia el andén.

Cinco minutos más tarde, llegaron otros dos chinos. Entre éstos y el que miraba hacia el andén se cambió una mirada inescrutable, como si no se vieran. Luego, los dos chinos recién llegados subieron al mismo vagón, y ocuparon otro compartimiento. En cuanto la puerta de éste se hubo cerrado, el chino joven regresó a su compartimiento. Kim Hei, inmóvil en su asiento, con las manos yertas sobre el portafolios, lo miró.

—Han llegado. Ya estamos todos.

—Todos los que quedamos —puntualizó suavemente Kim Hei.

Los dos chinos jóvenes cambiaron una hosca mirada. Cierto: de nuevo, sólo quedaban cinco. Muy bien, ya les pasarían la factura a los rusos. Pero de momento lo importante era salir de allí, de Estados Unidos. Y nada de vía aérea, que siempre es más fácil de controlar. Esto, aparte de que meterse en un avión es como meterse en una ratonera. En cambio, en tren, podían apearse en muchos sitios, no era como meterse en aquella caja voladora de la que no se podía salir hasta llegar a destino. Y tal como estaban las cosas, Kim Hei había decidido viajar por un medio adecuado. Incluso, si surgiese el peligro entre dos estaciones, podían detener el tren utilizando la alarma…

El chino que antes había colocado las maletas en la red salió al pasillo, y ocupó el sitio de su compañero ante la ventanilla mirando inexpresivamente arriba y abajo del andén, a todas partes… No parecía que hubiese peligro alguno. ¡Malditos rusos! Aunque, realmente, a quien había que maldecir era al traidor Wo Ting. Pero ya tenía su merecido, desde luego: mientras ellos escapaban hacia Canadá, Wo Ting, destrozado, agonizaba, o quizás había muerto ya, en una cloaca, para que las ratas lo devorasen. Cuando lo encontraran, no quedarían de él más que los huesos. ¡Cerdo traidor! Mil veces que viviera mil veces que lo…

—¿Se cree que el pasillo es suyo?

El chino volvió la cabeza hacia donde había sonado la voz. Una mujer alta, recia, pelirroja, que parecía un enorme saco dentro de

su grueso abrigo, le miraba iracunda a través de los gruesos lentes de miope de sus gafas.

—Lo siento —murmuró el chino, acercándose más a la ventanilla.

La mujer pasó entonces, cargada con una maleta y un maletín de viaje de raso negro. Debía de estar de malhumor, porque no dejó de refunfuñar. El chino la vio entrar en uno de los compartimientos, y encogió los hombros.

En su lugar habría querido ver a aquella especie de hipopótamo con gafas.

Regresó al compartimiento, y se sentó. Miró a Kim Hei.

—Todo está bien —aseguró.

Kim Hei asintió. Bueno, mala suerte. Al menos, conseguían marcharse sin sufrir más tropiezos. Se sentía humillado y colérico, aunque nada en su expresión delataba la menor emoción o sentimiento, por supuesto.

El tren comenzó a deslizarse lentamente.

Kim Hei sintió que su cólera aumentaba. ¡Dos años y pico en Estados Unidos, instalando una de las mejores células que jamás habían conseguido, y los malditos rusos lo echaban todo a perder en un par de días! ¡Dos años de magnífica labor, y una grandiosa perspectiva para seguir trabajando en Estados Unidos, convertidos en nada! Sí, podían haberse quedado, ya que no era la CIA quien los había descubierto, sino los rusos… Pero ¿qué harían los rusos cuando reflexionasen sobre lo sucedido? Pues, sencillamente, les pasarían astutamente el chivatazo a la CIA, para que ésta se encargase de ellos. Pues bien, antes de que los rusos hicieran esto o tomasen cualquier otra decisión, ¡adiós, Nueva York! Como suele decirse, una retirada a tiempo es tan buena como una victoria…

En su compartimiento, la mujerona pelirroja de los lentes de miope miraba por una de las ventanillas. No había nadie más con ella, el compartimiento había sido reservado, con no poca suerte, aquella misma tarde.

El tren seguía su marcha. La pelirroja tomó una revista de su maletín, se quitó los lentes, y se puso a leer. Estuvo así, más bien hojeando la revista, hasta que el tren salió de Nueva York. Afuera, la negra noche. La pelirroja miró su reloj, con gesto especulativo. Todavía esperó diez minutos más.

Luego, salió del compartimiento, y caminó por el pasillo hacia la parte de cola, pasando por delante del compartimiento de Kim Hei. Llegó ante la puerta de otro compartimiento, y llamó suavemente con los nudillos de la mano izquierda, manteniendo la derecha, cerrada, ante la juntura de la puerta. Ésta se corrió hacia un lado, se vislumbró el rostro de un chino, relució un instante el gesto de sorpresa. La pelirroja tiró algo dentro del compartimiento, y cerró enseguida, alejándose rápidamente.

Regresó quince segundos más tarde, abrió la puerta, y echó un vistazo: los dos chinos, que eran los dos de la corta pelea en el estacionamiento, dormían profundamente bajo los efectos del gas narcótico. Tenían para dos horas de apacible sueño. Dichosos ellos.

La mujerona pelirroja emprendió el regreso hacia su compartimiento, pero no entró. Se quedó en el pasillo, fumando. Dos hombres de raza blanca salieron al pasillo, encendieron sendos cigarrillos, y se pusieron a conversar.

Un matrimonio de edad madura recorrió completamente el vagón, hacia el anterior. El tren se deslizaba rápidamente, aumentando la velocidad. Deberían recorrer unos sesenta kilómetros antes de que hiciese la primera parada; lo que, a aquella velocidad, no llevaría mucho tiempo, desde luego.

Uno de los chinos jóvenes salió al pasillo, y la pelirroja lo vio en el acto. No era el de antes. Lo vio caminar despaciosamente hacia la cola del vagón, y, de pronto, comprendió. Sintió como un ramalazo de frío en la espalda, pero reaccionó enseguida. Dejó caer el cigarrillo, lo aplastó con el pie, y se apresuró a ir en pos del joven chino. Estaba a unos seis metros de él cuando el chino llamaba a la puerta del compartimiento de los otros dos. Acercándose a él, la pelirroja le vio fruncir el ceño. Luego, abrió la puerta… Se quedó inmóvil en el umbral un segundo. Y cuando quiso volverse notó en su espalda el contacto de algo duro, punzante, y oyó la voz femenina:

—Pase adentro, o lo mato.

El chino parecía haber quedado petrificado. La pelirroja lo empujó, sin brusquedad, pero con fuerza, obligándole a entrar, y entrando ella también, cerrando enseguida la puerta. El chino comenzaba a volverse cuando la pelirroja disparó con la pistola que empuñaba tan firmemente, y un delgado relámpago brotó de la

boca del arma, y dio en un lado del pecho del chino, tirándolo contra la ventanilla debido al tremendo choque eléctrico.

Quedó tendido ante los pies de uno de sus compañeros, que dormía sentado, libre de toda preocupación. La pelirroja se acercó, puso dos dedos en un lado del cuello del chino, y asintió. La descarga de la pistola eléctrica había sido adecuada: el chino seguía con vida.

La pelirroja salió del compartimiento, cerrando tras ella. Los dos hombres habían terminado sus cigarrillos, pero seguían conversando. Ella se acercó, se detuvo ante la puerta del compartimiento de Kim Hei, y quedó inmóvil. Una mujer se asomó a la puerta del compartimiento vecino, dijo algo, y los dos hombres rieron y entraron. La pelirroja se volvió, y llamó a la puerta del compartimiento de Kim Hei. La puerta se abrió. El joven chino se quedó mirando con lógico sobresalto la pistola que le apuntó al centro del rostro.

—Retroceda —susurró la pelirroja.

Por un lado del cuerpo del chino vio a Kim Hei, que había emitido una ahogada exclamación. Captó el movimiento de la mano derecha de Kim Hei, y disparó contra él por un lado del joven. El rayo eléctrico crujió suavemente, y alcanzó a Kim Hei en el centro del pecho, empujándolo hacia el extremo del asiento. El sobresalto del joven chino fue tal que cuando quiso reaccionar ya no pudo hacerlo: recibió un rodillazo en los testículos, un empujón que lo derribó de espaldas, y, cuando intentaba ponerse en pie el rayo le alcanzó también en el centro del pecho.

La pelirroja cerró la puerta, recogió del suelo el portafolios que Kim Hei había sostenido, y lo abrió. Comenzó a sacar papeles, y una sonrisa irónica pasó por sus labios al ver que todos eran facturas, documentos de compra, cartas de negocios… Lo dejó todo en uno de los asientos, fue a su compartimiento, cogió el maletín, y regresó al compartimiento de Kim Hei. Del maletín sacó una cámara fotográfica, con la que se dedicó a fotografiar rápidamente documento tras documento. Cuando terminó, los tiró todos alrededor, esparciéndolos por el compartimiento. Luego, sonriendo de nuevo con no poca ironía, examinó detenidamente el portafolios, hasta encontrar el resorte que abría el doble fondo, y dentro del cual había más papeles, pero éstos escritos en caracteres chinos.

—Chocante —murmuró la pelirroja.

Fotografió todos y cada uno de los documentos escritos en chino, por dos veces, y todo ello sin tocarlos más que en los bordes y con las yemas de los finos dedos. Luego, los colocó de nuevo en el doble fondo, cerró éste, y arrojó a un lado el portafolios.

Miró su reloj. Guardó la cámara fotográfica en el maletín, asió éste, y regresó a su compartimiento. Volvió a mirar su reloj. Los dos chinos dormidos con gas tardarían en despertar el tiempo suficiente, pero los que habían sido abatidos con descargas eléctricas no dormirían dos horas, desde luego. ¿Diez minutos? ¿Quince, veinte…? No habrían llegado todavía a la primera parada del tren.

La pelirroja bajó su maleta de la red, sacó unas prendas, una peluca blanca… En cinco minutos, se había transformado una vez más en una encantadora anciana de blancos cabellos. Metió en la maleta el disfraz de pelirroja corpulenta, la colocó de nuevo en su sitio, le quitó la funda al maletín, que apareció ahora en color rojo con florecillas azules estampadas, y salió al pasillo.

«—Debí hacerlo al revés —pensó—: llevar el maletín descubierto antes, y haberle puesto la funda negra ahora».

Pero siempre se comete algún fallo. Siempre, por pequeño que sea. Incluso ella estaba sujeta a las imperfecciones de los mortales.

El primer chino en reaccionar fue el que había ido antes al compartimiento de los que dormían bajo los efectos del gas. Apareció precipitadamente en el pasillo, y corrió hacia el compartimiento de Kim Hei, cuya puerta descorrió de un manotazo.

—Oiga, joven —preguntó la anciana—: ¿sabe si la próxima estación…? ¡Grosero!

Esto se lo ganó holgadamente el chino, pues ni siquiera miró a la anciana, sino que entró enseguida en el compartimiento, cerrando la puerta. La anciana consultó su reloj. Luego, miró hacia el frente del tren, acercando mucho de lado su rostro al cristal. Le pareció ver las luces de una población. Tres minutos. Quizá cuatro, y podría apearse del tren. Para entonces, los chinos ya la estarían buscando. O quizá no, cuando Kim Hei comprobase que los verdaderos informes de su labor en Estados Unidos durante el último mes, seguían en el doble fondo, y que éste no parecía haber sido tocado. Verían los otros documentos inútiles por el suelo, creerían que la pelirroja los había desechado, rabiosa, o que quizás antes los había

fotografiado… Pero ¿de qué iba a servirle a la pelirroja aquello?

Pero, por si se decidían a buscarla…, ¿qué mejor sitio que permanecer ante sus propios ojos?

El tren estaba ya disminuyendo la marcha cuando salió de nuevo el joven chino, acompañado por el otro. Los dos miraron a la anciana, que contemplaba con el ceño fruncido al «grosero». Pasaron junto a ella, y abrieron la puerta del compartimiento de la pelirroja, a instancias del que la había visto a su llegada al tren…, cuya marcha iba siendo más y más lenta. Ahora sí se veían las luces de la población.

La anciana comenzó a caminar hacia el extremo del vagón. Pasó por delante del compartimiento en el que había dejado la maleta. Los dos chinos salían en aquel momento, a toda prisa…

—¡Tengan cuidado! —chilló la anciana—. ¿Qué pretenden? ¿Romperme una pierna?

—Perdón, señora… Perdón.

—¡Perdón, perdón, perdón…! ¡Usted es un grosero y un bruto!

—Sí… Sí, lo siento. Perdone, señora…

—¡Maleducados!

Los dos chinos no le hicieron caso, y entraron de nuevo en el compartimiento de Kim Hei. Éste salió al pasillo, y fue al otro compartimiento ocupado por los dos chinos dormidos con gas narcótico. El tren estaba prácticamente detenido. Kim Hei dijo algo, y los dos jóvenes chinos corrieron hacia el extremo del vagón, colocándose detrás de la anciana. Evidentemente, se disponían a bajar del tren, por si la pelirroja hacía lo mismo. A ellos no podía engañarlos el hecho de que la pelirroja hubiese dejado su maleta, que seguramente no contenía nada… La anciana apretó los labios para contener una sonrisa al imaginarse la cara de los chinos cuando, de nuevo el tren en marcha, optaran por echar un vistazo al contenido de la maleta y encontrasen el grueso abrigo de la pelirroja…

—¿Qué les pasa ahora? —Volvió acremente la cabeza hacia los dos chinos—. ¿Por qué me empujan? ¿Pretenden arrojarme a la vía?

Los dos chinos optaron por no contestar. Desviaron la mirada, eludiendo el enfrentamiento con la anciana. El tren se había detenido. La anciana bajó al andén, y se volvió hacia los dos chinos.

—¡Si fuesen unas personas como hay que ser, me habrían

ayudado a bajar! ¡Y todavía voy a denunciarles, por empujarme!

Ni uno ni otro chino le hacía el menor caso. Los dos miraban andén arriba y abajo. Hacía un frío intenso, y se veían sus chorros de vapor destacando en las luces de la estación. Uno de los chinos subió precipitadamente de nuevo al vagón, y la anciana comprendió que iba a mirar si veía a la pelirroja descender por el otro lado del tren. Algunas personas se habían apeado también, y otras estaban subiendo a los vagones. Eran las nueve y cincuenta y un minutos de la noche. El frío presagiaba nieve. La anciana pasó junto al chino que se había quedado en el andén, mirándolo enfurruñada, pero ya no dijo nada. Se detuvo bajo el reloj de la estación, como asegurándose de que sería vista enseguida. Vio a Kim Hei en la ventanilla del pasillo, y sonrió.

El tren avisó su marcha. El chino que había pasado al otro lado apareció en el estribo que quedaba junto al andén, y llamó al otro. El tren comenzó a moverse. El joven chino corrió, subió al estribo, y desapareció en el interior del vagón.

—Feliz viaje —murmuró la anciana.

Un minuto más tarde salía de la estación, y se dirigía a un coche estacionado cerca. Abrió la portezuela delantera derecha, y se sentó junto a Rudolf Ignatievitch, que se quedó mirándola expectante, sentado ante el volante.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó.

—Naturalmente.

Ignatievitch la miraba entre sonriente y estupefacto. Por fin, movió la cabeza como quien se resigna a admitir los hechos, y dio vuelta a la llave del contacto, provocando el encendido del motor del coche. Masculló unas palabras en ruso, y, de pronto, se echó a reír.

—Parece que su humor ha mejorado —comentó la anciana.

—¡Tiene que explicarme con todo detalle cómo lo ha hecho! —exclamó Rudolf, sin dejar de reír—. ¡Tengo que saber eso!

—Disponemos de tiempo durante el viaje de regreso —asintió la anciana—… Pero voy a poner una condición.

—¿De veras? —se sorprendió el ruso—. ¿Cuál?

—Quiero una copia de las microfotos que he tomado.

—¡Ni lo sueñe! —exclamó Ignatievitch, dejando de reír.

—Las quiero. Y las tendré. Y voy a explicarle por qué, camarada

Ignatievitch: si hay en el informe de Kim Hei algo que pueda afectar a mis compañeros de la CIA, quiero saberlo. De modo que iremos a revelar el microfilme, y yo me quedaré una copia.

—¿Y si no hay nada que pueda poner en peligro a sus compañeros?

—Podrá quedárselo todo.

Estaban llegando ya a la carretera. Ignatievitch miró de reojo a la anciana, y murmuró:

—Lo pensaré. Pero deme una razón, una sola, por la que yo deba complacerla.

—Quizá le sirva ésta: incluso los más brutales amos tienen en ocasiones un gesto amable con sus esclavos.

De nuevo quedó estupefacto el ruso. Y de nuevo, súbitamente, se echó a reír, exclamando a continuación:

—¡Es usted, sin la menor duda, la espía más… más…!

—¿La más chocante del mundo, quizá?

—¡La mejor! ¡La más extraordinaria! ¡Con su ayuda, dentro de muy poco tiempo Rudolf Ignatievitch Paulov será el espía más considerado, el más admirado y respetado de Rusia!

—Lo que, poco a poco, le servirá para ir escalando posiciones de mayor importancia en el Kremlin, ¿no es así?

—¡Exactamente!

—Eso es muy importante, ¿verdad?

El ruso miró una vez más a la anciana. Su sonrisa desapareció.

—Dígame algo más importarte que llegar a la cumbre —gruñó.

—Ser amado —replicó Brigitte Baby Montfort.

Capítulo VI

Valentín Marlof se acercó al sofá en el que, fumando pensativamente, esperaba Rudolf Ignatievitch, y le tendió un sobre.

—Aquí tienes la traducción, acaba de llegar.

Rudolf asintió, tomó el sobre, y sacó las páginas, mecanografiadas en inglés. Ni una sola palabra en ruso, ésa era la norma inviolable entre ellos: ni hablada ni escrita. Los agentes encubiertos bajo misiones diplomáticas podían permitirse el lujo pintoresco de hablar de cuando en cuando en ruso, aunque fuese sólo unas palabras, en cualquier reunión; a fin de cuentas, todos sabían que eran rusos. Lo que, ciertamente, no era el caso de Rudolf Ignatievitch, Valentín Marlof y Eugen Balnikov.

Los dos últimos miraban con curiosidad y admiración al primero mientras éste leía el informe mensual que Kim Hei había preparado para ser enviado a Pekín vía Canadá. Ahora, el que estaba camino de Pekín vía Canadá era Kim Hei, que podía considerarse más que afortunado. Y, mientras tanto, cómodamente, Rudolf Ignatievitch leía el informe.

Cuando terminó, asintió con un gesto, metió las páginas en el sobre, y devolvió éste a su camarada Marlof, que comentó:

—Ha sido un trabajo magnífico, Rudolf.

—¿Magnífico? —Alzó las cejas Balnikov—. ¡Yo todavía no he terminado de creerlo! Y francamente, Rudolf, no comprendo por qué no quieres explicarnos cómo conseguiste ese informe.

—Digamos que pesqué en río revuelto.

—Ya… Sí, fuese lo que fuese, algo pasó en la Estación Central ayer al mediodía. Mataron a tres chinos, entre un hombre y una mujer. Por cierto, si no fuese porque intervino una mujer…

—¿Qué? —Lo miró Rudolf.

—Bueno, por lo que he oído, el hombre que acompañaba a la hermosa mujer rubia se parece extraordinariamente a ti. La

descripción es exacta, o poco menos. Pero no pudiste ser tú, pues no tenemos a ninguna mujer colaborando en el grupo.

—Evidentemente, fue la CIA —encogió los hombros Rudolf—. Y la mujer… Bueno, no siempre va a ser ella, ¿verdad?

—¿Te refieres a Baby? —rió Balnikov—. No, no siempre va a ser ella. No puede estar en todas partes. Bueno, lo cierto es que los americanos asustaron a los chinos y tú sacaste partido de ello. Creo que tendrás que explicárselo a Leon cuando llegue, así que no voy a insistir más.

Valentín Marlof, que sostenía el sobre con la traducción en las manos, preguntó:

—¿Qué hago con esto?

—Puesto que los originales están ya camino de Moscú, quémalo todo.

—Quizá no has debido leerlo —dijo Balnikov—. Ése no es nuestro trabajo, Rudolf. Con enviarlo por los cauces habituales, hemos cumplido.

—Lo sé. Pero a veces, de un informe sacas datos para llevar a cabo otro trabajo. O varios. Y a veces, muy importantes.

—Mi opinión es que, conseguido el informe mensual de Kim Hei, ya no debemos complicarnos más la vida con otras cosas. Seguramente, Leon llegará con instrucciones respecto al trabajo importante que debemos realizar en conexión con otros grupos de Estados Unidos. Sería una tontería dar un resbalón en estos momentos.

—Esperaré a Leon, no preocuparos. En lo que a mí respecta no tengo ningún interés en dedicarme a pequeñeces sabiendo lo importante del trabajo que tenemos en perspectiva. Me dedicaré a distraerme unas horas.

—¿No crees que deberías esperar aquí a Leon?

—Ni siquiera sabemos con exactitud cuándo llegará. Puede que llegue a la noche… Prefiero salir a dar un paseo. Iré llamando para saber cuándo llega Leon. Hasta luego.

Ignatievitch salió del saloncito, y, segundos después, sus dos camaradas oían cerrarse la puerta del apartamento. Se miraron, y ambos alzaron las cejas, con gesto interrogante.

Ya en la calle, Rudolf caminaba con el aire tranquilo del paseante desocupado, buscando una cabina telefónica. La encontró

poco después, se metió dentro, e hizo una llamada.

* * *

Su esclava acudió puntualmente a la cita en un bar de la calle Cuarenta y Dos. Por supuesto, no había acudido con su verdadero aspecto: nadie podría relacionar a la rubia con la archifamosa señorita Montfort, más que conocida por todos los habitantes de Nueva York. Estaba sentada en un alto taburete ante la barra del bar. Rudolf fue a sentarse junto a ella, vio que estaba tomando café, y pidió lo mismo para él. Luego miró a la rubia, y murmuró:

—Buenos días, Brigitte.

La rubia le dirigió una lenta mirada especulativa.

—Buenos días. ¿Cómo va su herida?

—Oh, muy bien. Tanto, que mis compañeros ni siquiera se han dado cuenta de que estoy herido.

—Eso me parece imprudente por su parte. Pueden darse cuenta en cualquier momento, y entonces, ¿qué explicación les daría?

—Que la había recibido al obtener las microfotos del informe mensual de Kim Hei. Están muy intrigados respecto a cómo lo he conseguido. Y admirados.

—Creo que debió inventarse usted una historia que los dejase ya tranquilos al respecto. Cuando un espía empieza a preguntarse cosas, puede llegar a obtener las respuestas. ¿No le han seguido?

—¿A mí? —Se pasmó Rudolf—. ¿Por qué habrían de seguirme?

—Ya se lo he dicho: la curiosidad es propia del espía.

—Ellos saben perfectamente que soy un agente volante internacional…, lo que, dicho de otro modo, significa que están a mis órdenes. Además, se quedaron esperando a alguien que va a llegar de un momento a otro.

—¿Alguien que trae instrucciones concretas de Moscú sobre la misión básica de usted?

—Sí. Esto significa que deberá estar usted dispuesta en cualquier momento para hacer lo que yo le diga. No quisiera tener problemas para localizarla a partir de ahora, Brigitte.

De nuevo lo miró Baby de aquel modo lento, especulativo. Parecía como si esperase encontrar algo inesperado en el fondo de los ojos del espía ruso.

—Está bien. Procuraré permanecer en casa el máximo de tiempo posible. ¿Me ha traído la copia del informe de Kim Hei?

—No. He decidido que usted no lo lea. Sin embargo, le voy a facilitar una pequeña parte de esa información. Sólo esa pequeña parte, y ello, porque no quiero tensiones entre nosotros.

—¿No quiere tensiones entre usted y yo? —Se pasmó Brigitte—. Realmente, es usted fantástico, camarada. ¿Cuál es esa pequeña parte de la información?

—Es evidente que Kim Hei dispone de un buen servicio de información en Washington, posiblemente por medio de otra célula autónoma que funciona allí, aunque no hay en su informe dato alguno que pueda ayudarnos a encontrarla… Como sea, Kim Hei ha llegado a saber los nombres de tres agentes de la CIA que están operando en Macao en contacto con personal chino introducido en Pekín. Lo que significa, a mi entender, que una de las primeras cosas que harán en Pekín en cuanto Kim Hei llegue allá con el informe, será ordenar la vigilancia, y posiblemente la eliminación de esos tres hombres de la CIA.

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—¿Sabe usted los nombres de esos tres Simones? —susurró.

—Everett Carlington, John Samuels, Grant Loomis.

—¿Le parecería a usted mal que telefonease a mi jefe de Sector ahora mismo?

—No. Si así fuese, no le habría dicho nada.

Brigitte asintió, siempre fija su mirada en los claros ojos del espía soviético. Estuvo así unos segundos. Por fin, descendió del taburete, y se dirigió al fondo del local, donde estaba el teléfono. Se metió en la cabina, y miró de reojo hacia Ignatievitch. Éste seguía en la misma posición, ante su taza de café recién servida. No parecía sentir el menor interés por su llamada, de ninguna manera podía ver qué número iba a marcar ella en el disco telefónico. Imposible.

Pero, en el espionaje, la desconfianza es la madre de la supervivencia, y la agente Baby llevaba demasiados años en aquel juego para confiar en nadie ni en nada. Ni siquiera en lo que le había parecido ver en los ojos de Rudolf Ignatievitch, pues incluso esto podía ser fingido. De modo que fue inevitable que pensase que con anterioridad a ella y a Rudolf, otro u otros rusos hubiesen

llegado al bar, y estuviesen ahora mirándola o vigilándola de algún modo. Incluso podían haber colocado un pequeño micrófono en la cabina telefónica, que no sólo les permitiría oír lo que decía, sino localizar el número al que llamaba por medio de los sonidos del disco al girar…

Muy bien. Si así era, les iba a dar a todos una pequeña sorpresa. No llamó ni a Pitzer en la floristería, ni a Peggy a su apartamento para que llamase a su vez a Pitzer. Y ni por asomo se le ocurrió llamar a Frank Minello, o al Morning News… Lo que hizo fue pedir conferencia ni más ni menos que con el teléfono privado del despacho de *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA, en la Central de ésta en Langley. Depositó las monedas que le indicó la operadora, y obtuvo la comunicación. Se imaginó la cara que pondría su viejo amigo Cavanagh, su jefe directo.

—¿…?

—Buenos días, señor. Soy yo.

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, el tono cauto y expectante de *Mr*. Cavanagh:

—¿…?

—Sí, en efecto: soy N. Y. 7117. Le llamo desde Nueva York. Sólo le diré una cosa, no le daré ninguna explicación, y colgaré en cuanto haya terminado de hablar. Éste es el mensaje: ordene que nuestros representantes en Macao Everett Carlington, John Samuels y Grant Loomis sean retirados inmediatamente del servicio y regresen a casa. Adiós.

Colgó, y regresó junto a Ignatievitch, que encendió dos cigarrillos y le ofreció uno, preguntando:

—¿Ha llamado a su jefe de Sector?

—¿Usted qué cree? —sonrió fríamente Brigitte.

Rudolf frunció el ceño, y reflexionó durante unos segundos… Por fin, sonrió.

—Apostaría a que ha llamado directamente a la Central de la CIA en Langley. Es usted muy desconfiada, Brigitte.

—Y usted muy inteligente realmente. Me tenía preocupada. La verdad, ser esclava de un agente de primerísima categoría implica unas ciertas garantías de buen hacer, pero estar en manos de un tonto sería peligrosísimo.

—¿Insiste en que debí inventar alguna historia para mis

camaradas, sobre mi herida y la obtención del informe de Kim Hei?

—Yo lo habría hecho.

—Me deja usted desconsolado.

—Nadie es perfecto, todos cometemos errores, a veces grandes, a veces pequeños. Gracias por su aviso: digamos que con esa retirada de mis tres Simones de Macao, estamos en paz: ya no me debe usted la vida.

—¿Tres por uno? —sonrió Rudolf.

—Entiendo que ellos son agentes más o menos corrientes, y en cambio usted es nada menos que un agente volante internacional de la MVD. ¡Zambomba, hay diferencia, y grande!

—¿Se está burlando de mí?

—Si no tiene nada más que ordenarme, me voy…

—Yo también tengo que ir haciendo llamadas telefónicas. Y según lo que me contesten en una de ellas, necesitaré en el acto de usted… Quizá no sea necesario que nos separemos ahora.

Brigitte lo miró de nuevo, escrutadora, y, por fin, sonrió como divertida.

—Se ha enamorado de mí, ¿no es cierto, camarada Ignatievitch? —susurró.

—No diga tonterías —replico desabridamente Rudolf—. Y espere aquí. Voy a telefonear yo.

—Muy bien. Pero antes quisiera hacerle una pregunta… ¿Será tan amable de contestarla?

—Espero poder hacerlo —asintió Rudolf—… ¿Cuál es la pregunta?

—Veamos… ¿Tiene usted dos camaradas, uno de los cuales debe de medir metro ochenta y cinco, es más bien pelirrojo, con pecas, ojos azulverdoso, boca grande, orejas grandes, sonrisa simpática como de atleta norteamericano…, y otro que apenas llega al metro ochenta, más bien moreno, de cejas espesas, ojos oscuros, gesto un tanto hermético, cabellos rizados, hombros muy anchos…? ¿Tiene dos camaradas así, Rudolf?

El agente ruso se pasó la lengua por los labios. Era su turno de la preocupación, de la incertidumbre, del temor ante una jugada de la siempre imprevisible y jamás vencida agente Baby… ¿Que si él tenía dos camaradas así? Bueno, en realidad, Brigitte acababa de describir magistralmente a sus camaradas Valentín Marlof y Eugen

Balnikov.

Y Rudolf Ignatievitch supo que era una tontería mentirle a la agente Baby, así que murmuró:

—En efecto, tengo dos camaradas así. ¿Por qué?

—¿Quizás está pensando en telefonearles a ellos?

—Quizás.

—Debería ser menos ambiguo conmigo, Rudolf. ¿Sí o no? ¿Va a telefonearles a ellos, sí o no?

—Sí.

—Entonces, no se moleste. Hace rato que ellos han entrado en el bar, y nos están mirando con aceptable disimulo. Oh, por favor, no se vuelva, camarada. Están detrás de usted, en la otra punta del mostrador, y si se vuelve ahora comprenderían en el acto que yo le he hablado de ellos. Quizá no les gustase. Quizás obtuvieran conclusiones poco convenientes.

—Me está mintiendo —jadeó Ignatievitch—… Ellos no están en este bar.

—¿Por qué no? ¿Porque usted es su jefe y por tanto no tenían otra cosa que hacer más que obedecerle, sin pensar cosas raras, sin tener ideas propias? ¿Realmente confía usted en las jerarquías de espionaje hasta ese punto?

—¿De verdad están detrás de mí?

—Quizá sí, quizá no —sonrió la rubia.

—Se está burlando de mí.

—Sólo expreso a mi manera la sorpresa ante su… sencillez de carácter. Vamos, Rudolf, vamos… ¿Cómo podía esperar que dos espías aceptasen hechos consumados de la importancia actual sin interesarse por nada más? Aunque, realmente, no creo que lo hayan hecho, esto de seguirle a usted, por simple celo profesional. Más bien, por ligera desconfianza. Usted, como cualquiera, podría ser un traidor… Y no olvidemos que están esperando la llegada de alguien importante. ¿O no es importante la persona que va a llegar? Si lo es, es lógico que quieran protegerla de posibles traiciones. Por eso le han seguido a usted, que los ha intrigado… y preocupado.

—¿Nos están mirando?

—Con disimulo, pero no demasiado. Parecen simpáticos. Sobre todo el que tiene aspecto de atleta norteamericano.

—Se va usted a reír —masculló Ignatievitch—: no sé qué hacer.

—Bueno, tenemos varias alternativas. ¿Creerían ellos que yo soy una simpática chica yanqui que está intentando ligar con usted?

—No.

—Entonces, es evidente que no puedo marcharme sin más, con una sonrisa. Veamos… ¿Admitirían la posibilidad de que yo fuese una antigua conocida de usted de su anterior estancia en Estados Unidos?

—No.

—Mmm… ¿Se tragarían la enorme mentira de que soy una camarada de la MVD que está sirviendo de enlace, o a la que ha encontrado por casualidad?

—Quizá. Pero querrían saber quién es, hablarían de usted con… con quien está a punto de llegar… La mentira no duraría mucho.

—Zambomba, Rudolf: ¡no hace usted más que poner objeciones a mis planes!

Brigitte Montfort sonreía, y Rudolf Ignatievitch acabó por hacer lo mismo, súbitamente divertido.

—Estamos en un buen lío, ¿no es cierto? —dijo festivamente.

—Sí. A menos que los llevemos engañados a algún lugar adecuado y los liquidemos a los dos. No deja de ser otra solución.

—¡No!

—¿Por qué no? Piense en usted mismo: según cómo se pongan las cosas, tendrá que despedirse de sus grandiosos planes de promoción en el Kremlin. A menos, claro está, que opte por lo más sencillo: confesar a sus camaradas que soy la agente Baby y que me está utilizando como esclava.

—No… No, no… ¡No!

—Pues usted dirá qué hacemos. Pero no demore mucho la decisión: no es tiempo lo que le sobra.

—Usted es mi esclava, ¿no es así? ¡Pues le ordeno que encuentre la solución inmediatamente!

—Muy bien. Diga que soy Sally Brown, una agente de la CIA que le ha estado ayudando por dinero.

—¡No creerán semejante cosa!

—¿Por qué no? Ellos ya deben de saber lo ocurrido en la Estación Central, usted consiguió el informe mensual de Kim Hei, casi seguro que saben que intervino una rubia… ¿Se le ocurre algo mejor?

—No lo sé… No, creo que no.

—A mí tampoco, de momento. ¿Lleva dinero encima?

—Unos dos mil dólares…

—Démelos. Yo intentaré marcharme, y usted vaya a telefonear. Si sale bien, ¡aleluya! Si sale mal, ya veremos.

Rudolf Ignatievitch, agente especial volante de la MVD rusa, se sentía entre ridículo y desesperado. No quería matar a sus compañeros, no quería prescindir de Baby, no se le ocurría absolutamente nada… Así que sacó su billetera, extrajo los billetes, y se los entregó a Brigitte, que los tomó sonriendo, los guardó en un bolsillo del abrigo, y saltó del taburete…

Nada sirvió de nada. Habían estado buscando soluciones para nada. Valentín Marlof y Eugen Balnikov se acercaron en aquel momento, y el primero puso una mano en un hombro de Ignatievitch, mostrando su mejor sonrisa de muchachote norteamericano y exclamando, en perfectísimo inglés:

—¡Vaya, vaya, vaya…! ¡Mira a quién tenemos aquí! ¡Pero si es nada menos que el viejo Ruddy!

—Y muy bien acompañado, por cierto —sonrió Balnikov, con la espontaneidad y simpatía con que podría hacerlo un tiburón.

Capítulo VII

Leon Taradiev tenía sesenta y dos años, una abundante cabellera gris, una frente amplia, panorámica, y unos estrechos ojos de color gris acero que expresaban una inteligencia fuera de lo común. La posibilidad de engañarlo era remotísima.

Había llegado aquella tarde a Nueva York en avión, procedente de Londres, con pasaporte inglés, con ropa inglesa, con gestos y ademanes ingleses, con un portafolios de factura inglesa, con un paraguas inglés…, pero con una mentalidad rusa ciento por ciento, y una desconfianza sólo comparable a la de un gato encerrado en un patio de altísimos muros con una docena de perros. Desde el aeropuerto, llamó por teléfono al apartamento donde, reunidos en grata camaradería, esperaban Valentín Marlof, Eugen Balnikov…, y por supuesto Rudolf Ignatievitch y la «invitada», la agente de la CIA Sally Brown, que había sido «gentilmente» llevada allí para obsequiarla con una copa.

Eugen Balnikov fue quien habló por teléfono con Leon Taradiev, y, cuando calculó que éste estaba al llegar, bajó a esperarlo al vestíbulo del edificio. Cuando, finalmente, entraron los dos en el apartamento, todos comprendieron que Balnikov le había puesto al corriente del inesperado giro de la situación: tenían allá invitada a una agente de la CIA llamada Sally Brown, amiga por dinero del apuesto Ignatievitch, al cual había ayudado a conseguir el informe mensual de Kim Hei…, etcétera, etcétera, etcétera.

A Brigitte la asustó Leon Taradiev. Y ello por una sola y simple razón: pareció creérselo todo desde el primer momento, y no le buscó más complicaciones al asunto. Esto le pareció sencillamente aterrador a la espía internacional. No obstante, los modales y los gestos todavía británicos de Leon Taradiev no podían ser más amables.

—Bueno —le sonrió tras cambiar algunas palabras de saludo y

efectuar un cordial apretón de manos con Ignatievitch—, estas cosas ocurren en todas partes, señorita Brown. A fin de cuentas, el espionaje perdería mucho de su aliciente si no surgieran de cuando en cuando situaciones como ésta. Los veteranos del espionaje estamos acostumbrados a que ocasionalmente un agente de un bando colabore con el otro bando. Es una cuestión de compensaciones: con seguridad, hay bastante agentes rusos que venden sus servicios a la CIA. Sin ir más lejos, hace pocos días tuvimos un caso así en Nueva York. Uno de nuestros camaradas, Gennadi Oklov, estaba vendiendo información a ustedes… Quizá sepa algo sobre eso.

—Sí… Algo oí al respecto: Oklov murió.

—Un hecho lamentable, pero que forma parte del juego. ¿Han cenado ustedes ya?

—No. Todavía no.

—Magnífico. Así tendré el placer de conversar con usted mientras lo hacemos. Me gusta conversar con personas inteligentes mientras como.

—Es usted muy amable.

—No, no. Sencillamente, me parece usted muy inteligente, de veras. Bueno, me refiero a sus hermosos ojos verdes: tienen… una sorprendente luz. Ciertamente, no me sorprende: Rudolf no tenía por qué buscar un adefesio dentro de la CIA para que colaborase en pequeños servicios. ¿Está usted satisfecha con los emolumentos que Rudolf le proporciona a cambio de sus servicios?

—A falta de la cantidad final, que me aseguró sería bastante importante, me las voy arreglando.

—De acuerdo, entonces. Arreglaremos eso a su debido tiempo Ahora, cenaremos…, pero no aquí. ¿Tiene usted algún asunto o cometido con la CIA que le impida abandonar Nueva York?

—No, en absoluto. Aparte de que normalmente trabajo en el Sector Washington, estoy aquí de vacaciones. Es decir —sonrió—, estoy de vacaciones, pero nadie sabe dónde.

—Perfecto. Nos vamos todos, en tal caso. Me pregunto, señorita Brown, si tendría usted alguna dificultad en realizar una pequeña operación a nuestro servicio en Miami. Bien entendido que estamos dispuestos a ser adecuadamente generosos con usted.

—No creo tener problema alguno en Miami.

—Magnífico. Pues nos vamos todos allá… Oh, pero no se moleste, por favor, nada de cargar con su bolso: uno de mis amigos será tan amable de hacerlo por usted. ¿Cierto, Valentín?

—Por supuesto —sonrió Marlof, haciéndose cargo del bolso de Brigitte.

No hubo alteración en el rostro de la espía, no apareció gesto alguno de contrariedad. Pero Rudolf Ignatievitch estaba pálido. Tanto él como Baby estaban en un dilema sencillamente de características insolubles. Por una parte, si él explicaba la verdad, no sólo perdería a Baby como esclava, sino que tendría que dar acto seguido muchas explicaciones en Moscú. Por otra parte, Brigitte no podía matar a cuatro rusos sin más ni más, aunque no le hubiesen quitado el bolso, ya que, por supuesto contando con que Rudolf Ignatievitch fuese uno de los muertos, estaba luego el hecho de que el dispositivo montado por Rudolf para que a su muerte la personalidad de Baby fuese desvelada en el espionaje ruso, funcionase adecuadamente, con lo que la supervivencia de Brigitte Montfort se convertiría en algo muy, muy problemático. Y finalmente, otra de los soluciones, esto es, que Ignatievitch matase a sus compañeros, no parecía ni remotamente que fuese factible: Rudolf Ignatievitch no mataría a ningún ruso.

* * *

La flamante y veloz avioneta despegó del aeropuerto Kennedy casi a las nueve de la noche. En ésta, además del piloto, iba un ayudante. Y naturalmente, Leon Taradiev, Balnikov, Marlof, Ignatievitch y Brigitte. La situación, para cualquier espía americano, era de cuidado, suficiente para que le temblasen las piernas. A Brigitte no le temblaban las piernas, pero sentía como un vacío en el estómago…, a pesar de la apetitosa cena fría que había estado esperando a todos en la avioneta.

Nueva York había quedado atrás cuando terminaron de cenar. A su derecha se veían las luces de las poblaciones de la costa. Debajo y a la izquierda, la negrura del mar.

Leon Taradiev encendió con gesto satisfecho un cigarrillo, y se quedó mirando a Sally Brown, sentada frente a él junto a la ventanilla. Ignatievitch estaba a la izquierda de Brigitte. A la

derecha de Taradiev, Valentín Marlof. En una butaca del otro lado del estrecho pasillo de la avioneta, Eugen Balnikov.

—Bueno —suspiró Taradiev, expeliendo el humo placenteramente—, ¿qué tal si dormimos un poco? Estoy realmente fatigado de tanto viaje, Espero que sepa usted disculparme, señorita Brown.

Brigitte asintió, sonriendo pese a que sintió un escalofrío.

—Por supuesto.

—Lo mejor será que durmamos todos.

Leon Taradiev cerró los ojos, y Brigitte habría jurado que en efecto, se durmió. El vuelo era rápido, seguro, cómodo. El rumor de los motores parecía aumentar el sopor de los viajeros. Marlof sonrió, estiró sus largas piernas, cruzó las manos sobre el vientre, y también pareció quedar dormido. Rudolf y Brigitte cambiaron una mirada. Al otro lado del pasillo, Eugen Balnikov estaba fumando, y comprendieron que él no pensaba dormir, de momento. No era su turno.

Brigitte cerró los ojos, pero, por supuesto, sin la menor intención de dormirse. Sólo quería reflexionar, buscar una solución al tremendo aprieto en que se encontraba. Y todo, por culpa de Rudolf Ignatievitch, que se había asegurado bien de que si algo le ocurría a él Baby no le sobreviviese mucho tiempo. Así estaban las cosas, y no tenía más remedio que aceptarlas. Si no hubiera sido por esto, ella ya habría salido de la situación peligrosa que se había iniciado en el bar donde la había citado Rudolf. Pero… ¿qué otra cosa podía haber hecho, sino seguir el juego? No se trataba sólo de su vida, sino de la de Número Uno, y de muchos de sus amigos… Tenía amigos incluso en Rusia, y Número Uno lo sabía, los conocía. Todo cuanto ella sabía, lo sabía Número Uno. O casi todo. ¿Qué pasaría si después de eliminarla a ella lo capturaban a él? Nadie podía resistir, indefinidamente las torturas. Ni siquiera Número Uno. Lo harían pedazos, pero acabaría diciéndolo todo… No existen dioses en el espionaje. Ni superhombres tan siquiera; sólo personas, de carne y hueso, frágiles al dolor, a la angustia, a las drogas…

Era evidente que Leon Taradiev había llegado a Estados Unidos con todo muy bien preparado. La recepción se había efectuado en Nueva York, pero ya estaban en ruta hacia Miami, y por supuesto, allá debía de haber muchos más agentes rusos. Posiblemente, se

fuese a efectuar una concentración de agentes rusos en Miami.

Pero ¿para qué? ¿Qué estaban tramando?

Casi a las dos de la madrugada, la avioneta tomó tierra para repostar, en Savannah. Para entonces, ya hacía casi dos horas que Marlof había despertado y Balnikov se había dormido. En Savannah despertaron todos. O, al menos, simularon despertar, incluida Brigitte, que había llegado a una determinación: su situación era tan mala que todo lo que podía hacer, perdida por perdida la vida, era seguir adelante hasta donde pudiera, y, si tenía ocasión, desbaratar el plan que los rusos hubieran preparado.

Tras una parada que a Brigitte se le antojó excesivamente larga, despegaron de Savannah pocos minutos antes de las tres de la madrugada. Faltaban unos ochocientos kilómetros para llegar a Miami, es decir, aproximadamente tres horas de vuelo. Leon Taradiev parecía haber descansado más que suficiente, aparecía fresco, seguro, vivaz. Apenas llevaban un cuarto de hora de vuelo cuando, mirando a Sally Brown, comentó:

—Tiene usted una cabellera preciosa, señorita Brown.

La alarma sonó en la mente de la espía internacional. Pero sonrió.

—Gracias.

—Y a decir verdad, me tiene usted admirado: no he conocido nunca una espía que tuviese su sangre fría. Indudablemente, usted ha comprendido que vamos a matarla, y, sin embargo, conserva la calma, sonríe, cena, quizás incluso ha dormido… ¿Ocurre algo, Rudolf?

Ignatievitch, que había respingado, exclamó:

—¡Claro que ocurre! ¿Por qué dices que vamos a matarla?

—¿De qué va a servirnos? Y nuestra misión es demasiado importante para permitir que una agente americana esté al corriente de ella. Por otra parte, ¿qué importa una espía más o menos en el mundo? Estoy seguro de que la señorita Brown me comprende. ¿No es cierto, señorita Brown?

—No —murmuró Brigitte—… No del todo. Creí que iban ustedes a utilizarme…

—¿Sabe una cosa que me tiene realmente desconcertado?: la estupidez de mi joven e inteligente camarada Rudolf Ignatievitch. Es un agente importante, se lo aseguro. Y como tal, fue destacado

nuevamente a Estados Unidos para intervenir en esta operación. ¿Y qué se le ocurre hacer al joven y admirado Rudolf? ¡Nada menos que contactar con una espía americana del montón, una joven ambiciosa pero sin relieve alguno! ¿O quizás es usted una agente importante, señorita Brown?

—No… Me temo que no.

—¿Se da cuenta? Entonces, tengo que pensar que mi joven camarada es tonto. Pero, señorita Brown, yo soy demasiado listo para pensar que un hombre que ha conseguido los privilegios y consideraciones de Rudolf Ignatievitch, sea un pobre tonto. Imposible. Sé que es muy inteligente. Entonces, la conclusión es por demás obvia: usted no es una espía cualquiera de la CIA. Tiene que ser alguien especial, con auténtica categoría, alguien que esté, por lo menos, a la altura de Rudolf. ¿Le parece que pienso acertadamente, señorita Brown?

—No sé.

—Bueno, tenemos tiempo de alargar la diversión. Podríamos dedicarnos, por ejemplo, al *striptease*. Usted nos va a obsequiar con un delicioso *striptease*, señorita Brown. Pero, por favor, no nos enseñe sus senos, ni su sexo, ni sus piernas sin duda preciosas… A mi edad, eso no me divierte demasiado. Prefiero los juegos cerebrales. Por ejemplo: sería divertido que usted se quitara, para empezar, esa hermosa peluca rubia. ¿Será tan amable de hacerlo?

La pistola apareció en la mano de Leon Taradiev, y en el acto, Marlof y Balnikov sacaron a relucir las suyas.

Sally Brown se quedó inmóvil durante unos segundos antes de comenzar a alzar su mano izquierda hacia la cabeza.

Rudolf Ignatievitch se puso en pie de un salto.

—¡Esperad un momento, quiero…!

El simpático Valentín Marlof no se molestó en levantarse, no se incomodó demasiado: simplemente, alzó y encogió su pierna derecha, y la disparó, con el pie plano, hacia el bajo vientre de Rudolf. El impacto en los genitales de éste fue tremendo; quedó lívido, como petrificado, encogido, demudado el rostro… Marlof se inclinó entonces un poco, le quitó la pistola de la funda axilar, y luego lo empujó, sentándolo de nuevo, casi desvanecido.

Brigitte había quedado con la mano a mitad de recorrido hacia su cabeza. La mirada de Leon Taradiev, que por un instante se

había desviado hacia Ignatievitch, volvió hacia ella.

—Siga, siga usted, señorita Brown.

Brigitte se quitó la peluca rubia, dejando al descubierto el casquete de nylon que recogía apretadamente sus cabellos negros; retiró el casquete, y los ondulados mechones relucieron con reflejos azulados al desparramarse hacia los hombros.

—Admirable —dijo Taradiev—… Pero estoy seguro de que todavía nos reserva usted alguna sorpresa más. ¿Sí?

Baby retiró de sus ojos las lentillas de contacto de color verde, dejando al descubierto el azul de su mirada. Luego, tiró de los pequeños aros de plástico que ensanchaban ligeramente sus fosas nasales… Valentín Marlof lanzó una fuerte exclamación en ruso. Eugen Balnikov jadeó:

—¡Pero… pero si es…!

—La famosa periodista americana Brigitte Montfort —deslizó suavemente Leon Taradiev—… La primera mujer que, de habérselo propuesto, podría haber llegado a la presidencia de los Estados Unidos. ¿Sabe usted, señorita Montfort, que nosotros, los rusos, estuvimos intentando colocarla en la Casa Blanca mediante una maniobra llamada Operación «Brigitte *for President*!!!»?

—No… No sabía nada de eso.

—¿No? ¿Rudolf no se lo dijo?

—¿Qué? —se desconcertó realmente Brigitte. Taradiev miró un instante a Balnikov y Marlof.

—Ablandadme un poco a Rudolf; quiero hablar en serio con él.

—No, no —exclamó Brigitte—, espere. ¡Ustedes no saben…!

Ignatievitch había alzado vivamente la cabeza al oír las palabras de Taradiev, y sus ojos relucieron, se reanimaron… Pero eso no era suficiente: había recibido un tremendo golpe en los testículos, y además, la herida del costado se había abierto, y le dolía ahora de un modo atroz. Intentó incorporarse, pero Marlof se lo impidió con un espeluznante directo en la boca que le partió los labios y lo hizo rebotar en el asiento. Brigitte no se movió; la pistola de Taradiev le apuntaba al pecho, y sabía que el ruso dispararía en cuanto ella iniciase el gesto para ponerse en pie o hacer cualquier otra cosa…

Balnikov acudió en ayuda de Marlof. Asieron a Ignatievitch por la ropa, lo sacaron al pasillo de un tirón, y allá, primero uno y luego el otro, le golpearon ferozmente en el estómago y en los costados,

turnándose en sostenerlo de pie. El pómulo derecho de Rudolf reventó bajo uno de los golpes, la nariz explotó en un surtidor de sangre… La herida del costado se abrió con tal violencia bajo los golpes que la sangre no sólo empapó rápidamente la ropa, sino que salpicó a sus dos camaradas, que lo miraron asombrados.

—Pero… ¡si está herido! —jadeó Balnikov.

Lo sentaron rudamente de nuevo en el asiento, y le arrancaron parte de la ropa a tirones, dejando al descubierto la herida. Por supuesto, Rudolf Ignatievitch había perdido el conocimiento, y se movía blandamente, inerte, como muerto, lleno el rostro de sangre.

—Reanimadlo —dijo Taradiev, con voz siempre suave, como si estuviese sosteniendo una conversación trivial.

—Lo van a matar —murmuró Brigitte—… Y no se lo merece.

—¿Usted cree que no se lo merece? Bueno, en ese caso lo trataremos con muchísimo cuidado. ¡Reanimadlo!

Rudolf Ignatievitch fue reanimado, en parte a sacudidas y en parte con un trago de *whisky* que Marlof fue a buscar a la cabina de la avioneta. Cuando Rudolf abrió los ojos, su mirada era mortecina. El derecho casi no se veía, como hundido tras el lacerado pómulo. Tenía la boca llena de sangre, y tuvo que resoplar para que saltara el tapón que comenzaba a coagularse en la nariz.

—Me parece —deslizó Taradiev— que ahora podremos hablar del hecho de que la operación «Brigitte *for Presidente*!!!» no diera resultado, Rudolf: te vendiste a los americanos entonces. Por eso fracasó la operación, por eso ellos pudieron neutralizar nuestros esfuerzos… No es la señorita Brown la que está traicionando a la CIA, sino tú quien desde el primer momento estuviste traicionando a tus camaradas de la MVD. ¿Fue así?

—Estás… estás loco —jadeó Ignatievitch—… ¡Estás loco, Leon!

—Tú eres el loco. ¿Acaso no sabes que la traición siempre es descubierta, tarde o temprano?

—En ese caso, soy yo quien debe preocuparse, no él —dijo Brigitte.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Porque soy yo quien está traicionando a Estados Unidos, no él a Rusia.

—No me diga —sonrió fríamente Taradiev—… ¿Y por qué lo hace? ¿Por dinero?

—No. Tengo mucho más dinero del que podrían darme ustedes jamás, puedo reunir miles de millones de dólares, puedo tener todo lo que desee en este mundo, absolutamente todo…, pero nada me serviría de nada si me faltase la vida.

—No comprendo —entornó los párpados Taradiev.

Brigitte alzó ligeramente la barbilla, con un gesto seco, altivo, casi desafiante.

—Yo soy Baby —dijo.

Rudolf Ignatievitch emitió un gemido, y pareció deshincharse. Los otros tres rusos respingaron, y sus armas apuntaron inmediatamente, todas, a la espía internacional. Los tres estaban realmente sobresaltados, relucientes de alarma los ojos. Leon Taradiev fue el primero en reaccionar.

—¿Está bromeando? —musitó.

—No sea estúpido.

El veterano ruso ladeó la cabeza. ¿Baby? Bueno, ¿y por qué no? ¿Acaso no encajaba esto mejor con la personalidad de Rudolf Ignatievitch?

—Muy bien, es usted Baby… ¿Qué tiene que ver con Rudolf? ¿Por qué estaban juntos, qué los une a ustedes dos?

—Soy… la esclava de Rudolf. Si me dejan hablar durante unos minutos lo comprenderán todo…, y entenderán que esté dispuesta a seguir siendo su esclava, pues en el momento en que me rebele todo habrá terminado para mí y muchas personas que amo. Podrán acusar a Rudolf de ambición personal, pero no de traición. A mí sí podrán llamarme traidora, y hasta si quieren, cobarde, pero… no tengo más que una vida, y tuve que aceptar todo cuanto Rudolf me impuso. Y seguiré haciéndolo… aunque sienta asco de mí misma. Quiero vivir, eso es todo.

—Creo que será interesante escucharla —susurró Taradiev.

Brigitte Baby Montfort explicó la situación a los rusos mientras Rudolf Ignatievitch, recuperándose poco a poco, permanecía sumido en sombrío silencio, restañándose la sangre como podía. Cuando la espía terminó la explicación, sus tres oyentes habían salido ya de su asombro, y la miraban como si fuese un ser de otro planeta. Por fin Taradiev soltó una imprecación, y miró a Ignatievitch.

—Maldito seas —mascculló—… ¿Y te sorprende que tus camaradas estuviesen mosqueados, que desconfiasen de ti, que

pensasen que algo raro estaba ocurriendo? ¿Y cómo te atreviste a utilizar en tu exclusivo beneficio esta información? ¡¿Cómo te atreviste?!

—Todavía no he terminado —dijo Brigitte—: Rudolf no les dijo nada porque me estaba reservando para utilizarme en esta ocasión en apoyo de los planes de ustedes, y quería ofrecerles una buena carta para jugar.

—¿Qué carta? —Gruñó Taradiev—. ¿Usted?

—Rudolf puede utilizarme como quiera, ya lo saben. Ahora, dígame si se le ocurre algún medio mejor de conseguir lo que quieran en Estados Unidos que utilizar los servicios de la agente Baby.

Se hizo el silencio. El rumor del vuelo lo llenó todo, pareció condensarse dentro de la avioneta, convertirse en algo sólido.

Por fin, Taradiev masculló:

—Está usted loca si cree que vamos a confiar en sus… servicios. ¡O quizá cree que los locos somos nosotros!

—Para juzgar acerca de su locura, tendría que saber qué es lo que están tramando, y si el plan tiene alguna posibilidad de llevarse a cabo. ¿Qué están tramando en Miami?

Leon Taradiev se quedó mirándola con gesto de pasmo durante unos segundos. De pronto, se echó a reír.

—¡Es usted de un descaro increíble! —exclamó.

—¿Qué pierde usted diciéndomelo? —Encogió los hombros la divina espía—. Por un lado, si así le conviene, puedo ayudarle, a cambio de mi vida. Por otro lado, si lo prefiere, puede matarme, o enviarme a Rusia. ¿Qué puede temer de mí, en mis circunstancias?

—Señorita Montfort, hace treinta y dos años que trabajo en el servicio secreto de mi país. La mitad de ese tiempo la he pasado escuchando cosas de la agente Baby y maldiciéndola en ocasiones, admirándola otras… Hombres mejores que yo salieron de Moscú a por usted, se le han tendido trampas de todas clases…, y usted está aquí, frente a mí, viva, hablando, hablando, hablando… ¿Qué debo pensar yo de esta situación?

—No lo sé. ¿Qué piensa?

—Pienso que si la prolongo, yo seguiré el camino de mis camaradas mejores que yo a los que usted venció. Pienso que todo lo que tengo que hacer es apretar este gatillo ahora mismo. Y eso es

lo que voy a hacer. Luego, seguiré mi ruta hacia Miami. Pero —sonrió de pronto secamente—, de alguna manera tengo que rendirle a usted el homenaje que merece. ¿Quiere saber lo que vamos a hacer en Miami? Voy a decírselo: estamos concentrando allá un comando de hombres especiales cuya misión será robar un bombardero atómico norteamericano y llevarlo a Cuba.

La espía más astuta del mundo alzó las cejas, con un gesto entre sorprendido y despectivo.

—¿Eso es todo? ¿Acaso no tienen bombarderos en Rusia?

—¡Usted no entiende! —rió Leon Taradiev—. Vamos a robar ese bombardero de una base, y lo…

—¿De qué base?

—De una base —la miraba con risueña astucia Taradiev—… De una base de Florida, cuyo nombre no le diré. Lo que sí voy a decirle es que cuando robemos ese bombardero atómico, habrá seis bombas en él. ¿Sabe usted que, periódicamente, las fuerzas aéreas norteamericanas realizan maniobras con todo realismo, es decir, que sus bombarderos atómicos van realmente cargados con proyectiles listos para ser lanzados si fuera necesario? Ah, ya va comprendiendo, porque veo que ha palidecido… Pero no, no se asuste. No pretendemos derribar el bombardero sobre ninguna ciudad norteamericana, ni nada parecido… Ya le he dicho que queremos llevarlo a Cuba, cargado con sus seis hermosísimos proyectiles atómicos. Secuestraremos el bombardero en la base, y pondremos rumbo a Cuba… Sobre la isla, el bombardero sufrirá una… avería, y no tendrá más remedio que aterrizar. Naturalmente, el personal que pilotará ese avión será ruso, pero rápidamente esos hombres serán escamoteados por nuestros servicios allá, y quedará sólo el avión… Fíjese bien, aunque me parece que ya lo ha comprendido: un bombardero de la USAF, cargado con seis bombas atómicas, que volaba en cielo cubano… ¿Cómo reaccionarán los cubanos? Pero sobre todo, ¿cómo reaccionarán los países simpatizantes de ustedes? La USAF ya ha tenido percances de esta clase en otras partes del mundo, pero allá todo se pudo arreglar. Sin embargo, ¿cree usted que los cubanos aceptarán sus disculpas? ¿Cree que aceptarán deportivamente el hecho de que Estados Unidos tenga bombarderos cargados sobrevolándolos…? ¿Qué cree usted que pasará?

—¿Qué pasará? —susurró Brigitte.

—Pasará lo que nosotros deseamos que pase: la tensión en el Caribe será terrible…, y de este modo, dejaremos de sufrir en Rusia las molestias de la tensión de Oriente Medio. Estamos hartos de que ustedes trasladen allá sus manejos. Ahora les toca a ustedes sufrir un poco la cercanía del peligro real. ¡Ahora, vamos a crear en el Caribe una tensión tal que tendrán que traerse para acá todos sus efectivos navales, ahora tendrán la muerte esperando bajo sus mismas barbas, no a miles de millas de su precioso país, ahora el polvorín estará a un paso de su preciosa América, ahora van a saber ustedes lo que es tener bajo los testículos una bomba que puede explotar en cualquier momento! ¿Lo entiende? ¡Vamos a trasladar al Caribe el foco de tensión mundial, a ver si aprenden de una maldita vez a no incordiar al mundo lejos de América! ¿Está claro?

—No sé si se da usted cuenta de que eso puede ser la chispa para la Tercera Guerra Mundial —susurró Brigitte.

—¡De acuerdo, puede serlo! ¡Pero, malditos sean todos ustedes, que esta vez empiece en territorio americano! ¡Ya basta de derramar millones de bombas por todo el mundo sin que en su casa caiga ni una sola! ¡Les gusta la guerra, ¿no es así?! ¡Bueno, pues se la vamos a traer a ustedes a casa! Nada de combatir en el Pacífico, o en Europa, o en África, o en Vietnam… ¡Ahora toca en América! Pero eso… eso sólo será si ustedes quieren. Si se portan bien, todo lo que pasará será que la tensión mundial la tendrán bajo sus barbas…, ¡a ver si aprenden de una maldita vez a no buscar incordios en el resto del mundo! ¡¿Lo ha entendido usted?!

—Lo he entendido. Pero si alguien comete una imprudencia, ese… traslado del foco de tensión mundial puede convertirse en una contienda total…

—Leon, ella tiene razón —murmuró Ignatievitch—… No podemos hacer eso, el riesgo es demasiado grande…

—¿Qué quiere decir que no podemos hacer lo que nos han ordenado? —gritó Taradiev—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Escucha, no podemos hacerlo… Es demasiado arriesgado, es una locura. ¡Es una locura, Leon! Además, los americanos dirán que les robaron un bombardero y que…

—¡Que lo digan! ¿Quién va a creerles? ¡Nuestros hombres serán recuperados en cuanto depositen el bombardero en Cuba, pero se

dirá que eran pilotos americanos y que la CIA los ha rescatado…! ¡Los americanos podrán decir lo que quieran, pero el bombardero atómico estará en Cuba, cargado con seis bombas, y todo aquel que quiera comprobarlo tendrá pasaje gratis a Cuba, para ver una muestra de la vigilancia criminal americana! ¡Que digan lo que quieran los americanos, pero su avión de la USAF estará allí! ¿Y quién les va a creer cuando digan que se lo robaron?

—No podrán conseguirlo —murmuro Brigitte—… ¡No podrán robar ese bombardero!

—¿Ah, no? ¿Quizá quiere que también le explique el plan, el modo en que vamos a hacerlo, el sistema que nos ha llevado casi medio año de trabajo y preparación? ¿Quiere que se lo explique?

—Sí, me gustaría sab…

—¡Pues no va a saberlo! Ya hemos hablado suficiente. Y ahora, señorita Montfort, todo ha terminado para usted. No voy a correr los mismos riesgos que mis camaradas muertos a sus manos. A mí no me importan las recompensas, ni nada que no sea cumplir mi objetivo. Y ya que usted es un peligro siempre vigente para cualquier objetivo de la MVD, su vida ha terminado… ¡en este mismo momento!

—¡No! —gritó Rudolf Ignatievitch, poniéndose en pie de un salto—. ¡No la matarás…!

La mirada de Taradiev se desvió un instante, colérica, hacia su joven camarada…, y eso le costó la vida.

La agente Baby saltó hacia Leon Taradiev al mismo tiempo que Valentín Marlof lanzaba a Ignatievitch al pasillo de un cruzado a la mandíbula, que lo dejó prácticamente en brazos de Balnikov. Lo que menos esperaban éste y Marlof era que la señorita Montfort tuviese tiempo de reaccionar, de hacer nada, de intentarlo siquiera. Y, en efecto, así habría sido si Taradiev no hubiese desviado la mirada aquel instante hacia Rudolf Ignatievitch… Pero el hecho fue que la desvió; brevísimamente, porque acto seguido captó el movimiento de la espía americana, y regresó su atención hacia ella, alzando un poco más la pistola…

La delgada hoja de acero que apareció en la mano derecha de Brigitte, procedente de la manga de su abrigo, clavó por la garganta en el asiento a Leon Taradiev, que emitió un sonido gutural, como roto de pronto, mientras sus ojos se desorbitaban.

Ni siquiera tuvo oportunidad de disparar contra Brigitte, porque ésta asió la mano derecha del ruso con su izquierda, y la desvió hacia el pasillo de la avioneta.

Valentin Marlof, que se había vuelto sobresaltado hacia la ventanilla, no vio la pistola de Taradiev; sólo vio los grandes ojos azules en aquel bellísimo rostro ahora crispado, y lanzó una exclamación de rabia…

La mano izquierda de Brigitte apretó la derecha de Leon Taradiev, y el dedo de éste apretó por fin el gatillo… El ojo derecho de Valentin Marlof estalló como un tomate, salpicando de rojo a todos lados, y haciendo rebotar la cabeza hacia la espalda. El impacto lo llevó de espaldas contra Balnikov, que intentaba liberarse de Rudolf Ignatievitch, el cual, gritando, se aferraba a su camarada, aullando:

—¡Dispara, dispara, Brigitte, dispara…!

Eugen Balnikov se desembarazó de Ignatievitch del único modo que podía hacerlo, dada la postura de ambos: bajó con fuerza y violencia el codo, de modo que la culata de la pistola se hundió en el ojo izquierdo de Rudolf, que lanzó un aullido escalofriante, pero insistió en sujetar a Balnikov, que estaba lívido de miedo, de incredulidad… Alzó una rodilla, incrustándola en los genitales de Rudolf, empujándolo de nuevo, pero Ignatievitch se había aferrado ahora a su mano armada, y tiraba de ella, bajándola, apartándola de la línea de tiro que pondría en peligro a Brigitte. Balnikov apretó el gatillo por fin, y de nuevo lanzó un aullido escalofriante el apuesto Rudolf Ignatievitch, cuando la bala le destrozó la rodilla derecha… Ya no pudo más: cayó de espaldas en el pasillo, con la cabeza hacia popa.

Balnikov lanzó un grito de triunfo, giró levemente para apuntar a Brigitte…, y ésta, que ya había conseguido encajar en su mano la pistola de Leon Taradiev, disparó entonces. Balnikov recibió el primer impacto en el centro del pecho, y el segundo en la garganta. Su cuerpo salió despedido hacia el otro lado de la avioneta, su cabeza chocó contra una de las ventanillas…

Brigitte Montfort giró velozmente hacia la cabina, de donde salía el copiloto, lívido, empuñando una pistola… El balazo le acertó de lleno en la frente, y lo metió, muerto, de nuevo dentro de la cabina.

Brigitte salió al pasillo, vio a Rudolf gimiendo allí, cara al techo,

y se arrodilló junto a él. Un estremecimiento de horror recorrió su cuerpo al ver el estado en que había quedado el espía ruso.

—Dios —gimió—… Dios mío…

—Brigitte —tendía una mano hacia ella Ignatievitch—… Brigitte, te… te amo, te… te amo…

Este es el final

Brigitte terminó el relato, y todos se quedaron mirándola en suspenso, sobrecogidos. Sus amigos de siempre estaban allí: Minello, Grogan, Pitzer, el ayudante de éste…, y Peggy, que miraba a la espía con los ojos abiertos como platos.

—¿Y qué más? —exclamó de pronto Minello.

La mirada de Brigitte, que parecía haberse cristalizado en los recuerdos, volvió a la realidad.

—¿Qué más? —susurró—. Bueno, tuve que matar también al piloto, pues me di cuenta de pronto de que íbamos en picado, de que pretendía estrellar el avión en el mar con todos dentro… De madrugada, tras conseguir contacto con la CIA utilizando la radio de la avioneta, aterricé en determinado lugar, y allí di las instrucciones que había ido pensando mientras volaba hacia el lugar de aterrizaje…

—¿Qué instrucciones?

—Convinimos que la versión que se haría filtrar hacia el espionaje ruso sería que un grupo de agentes de la CIA del Sector New York, es decir, de los que recibían información del traidor Gennadi Oklov, el ruso que maté frente al parador, había conseguido tomar la avioneta en el aeropuerto, controlando a los rusos, pero que éstos reaccionaron luego en pleno vuelo, y en la pelea murieron todos… menos Leon Taradiev, que fue quien confesó el plan a la CIA. De este modo, parecerá que si la CIA estaba esperando a Taradiev fue debido a alguna información de Gennadi Oklov, y que posteriormente, al ser definitivamente capturado e interrogado, Leon Taradiev reveló el plan, y por eso todos los aeropuertos y bases militares fueron vigilados estrechamente, cambiando los dispositivos habituales de seguridad… Sabemos que varios grupos de agentes rusos escaparon hacia Suramérica y el Caribe… Huyeron. Todo terminó.

—Pero… ¿y Rudolf Ignatievitch? —murmuró Grogan.

—Está en la clínica de la CIA. Salvará la vida, pero… nunca volverá a ser el Rudolf que conocí en Central Park corriendo alegremente junto a mí. Tiene una rodilla inútil, le faltan algunos dientes, ha perdido un ojo, su nariz está rota… ¡Dios, pobre Rudolf!

—Pe-pero… él… él sigue sabiendo que… que tú eres la agente Baby —tartamudeó Minello—. ¡Y cuando salga…!

—Deberíamos… eliminarlo —murmuró Pitzer.

—¡Querrá que vuelvas a ser su esclava! —aulló Minello.

—No —murmuró Brigitte—… La lección ha sido muy dura para Rudolf, Frankie. Y por otra parte, sea o no sea ruso, digamos que… es él quien se siente ahora esclavo mío… Y me parece que le gusta más que ser esclavo del espionaje fanático.

—¡Zambomba! ¿Y a quién no le gustaría ser tu esclavo? ¡Yo mismo, si tú quisieras…!

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Brigitte* for President!!! <<

[2] Véanse las aventuras tituladas *El gran amo* y *Los demonios del cielo*. < <